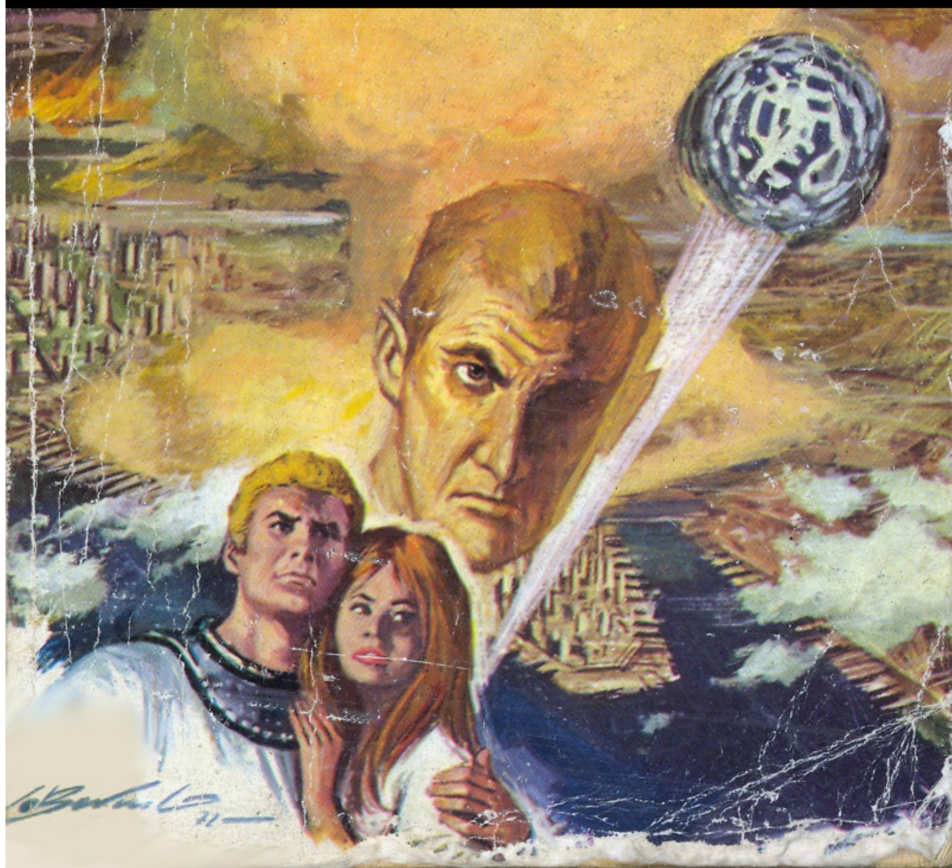
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

# ASESINO COSMICO

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



# Asesino cósmico

## Curtis Garland

## La Conquista del Espacio/126

*Depósito legal: B.49.186 – 1972*
*ISBN 84-02-41714-0*
*Impreso en España – Printed in Spain*
*1ª edición: enero, 1973*



## A TÍTULO DE PREFACIO

El autor quiere hacer una salvedad aquí.

Es habitual entre los críticos de SF{1}, politizar las obras y los autores, buscándole, muchas veces, los tres pies al gato, y tratando de ver, en una serie de obras y de ideas de cada escritor, una tendencia determinada, un simbolismo político que, la mayoría de las veces, no tiene. Pero en cuestión de crítica, comentario o ensayo sobre los autores más destacados de la ciencia—ficción actual o pasada, lo importante, según parece, es «rizar el rizo» de la simbología de las fobias y filias de cada cual, venga o no venga a cuento.

Admitamos, por ejemplo que H. P. Lovecraft siempre fue racista acérrimo, y que vivió inmerso de un pasado ya muerto. Eso lo sabe todo el mundo, porque él mismo y sus amigos y colaboradores más íntimos, como Bloch o Derleth, así lo han

admitido en todo momento. Luego, parece haber algo de cierto en que Robert Henlein es de inclinaciones fascistas. Bueno, admitamos todo eso. Quizá porque los autores mismos aceptan o propagan tal cosa, no hay por qué discutirla, como no discutiríamos tampoco que Arthur C. Clarke sea un triunfalista a ultranza, y así lo revela en sus obras, salvo en los tintes pesimistas y místicos de su «Odisea espacial 2001».

Pero de eso a encontrarle razones políticas a la obra de un autor, solo porque, por ejemplo, los «invasores» de turno, los alienígenos o extraterrestres, sean buenos, malos o, simplemente, ni buenos ni malos, como los terrestres mismos, media un abismo. Henlein no hubiera podido escribir «el maestro de las marionetas» (Titán invade la Tierra), si no hubiera contado con esos «invasores—babosas», porque desaparecida la condición de adversarios hostiles de los alienígenos..., pues no había novela. Harlan Ellison, que acostumbra a culpar a los propios humanos de todos los posibles males futuros —y quizá con mucha razón—, sin embargo, se nos va de esa teoría, buscando otra causa en su obra «La bestia que gritaba amor en medio del Universo», atribuyendo el mal humano y la perfidia a un «pus sideral», ajeno a nosotros. Con lo que, esos pretendidos postulados que la gente le atribuye —la gente de SF, claro—, se desmoronan como un azucarillo en el agua... y resulta que el admirado y sorprendente Ellison no se basa en una misma ideología social, política o moral para todas sus obras, entre otras cosas, quizá, porque ello le daría un resultado monocorde e insípido, a fuerza de repetirse.

Viene todo esto a cuento de mi obrita actual que, salvando distancias entre el autor y esos auténticos «monstruos» de la SF citados más arriba, los pedantes de turno encontrarían aquí que el autor es un ultraderechista de tomo y lomo, o un fascista de los pies a la cabeza, cosa que no es cierta en absoluto. Como tampoco podrían colgarle el sambenito de comunistoide o de cualquier otra cosa al autor, por la sencilla razón de que el autor confiesa de antemano no tener color político alguno, importarle un comino la política, y limitarse a su trabajo y

obligación, que es la de escribir.
Incluso escribiendo política-ficción —género bastante en boga en nuestros días—, se puede prescindir totalmente de postulados políticos de todo tipo, puesto que estamos en que hacemos «ficción» y no «política». De modo que no es necesario buscar ni atribuir ideologías al autor, sencillamente porque carece de ellas. Y vive muy bien sin ellas además.
Si el alienígeno de turno, en esta obrita, procede como procede, si el «invasor» o «visitante» no es un ángel de bondad precisamente, ni un personaje demasiado sociable para nuestra propia sociedad humana, no es porque sea mejor ni peor, ni porque los futuros y posibles «visitantes» de otros mundos hayan de ser forzosamente así, sino, simple y llanamente... porque mi personaje, en esta obra concreta. TIENE que ser así, o no habría relato. Pretender identificarlo como prototipo de algo sería ridículo. Intentar clasificar al autor política, social o ideológicamente por esta obrita, resultaría grotesco y falto de base.
Quizá el prefacio sobra. Pero es una forma de ponerse a cubierto de suspicaces interpretaciones, de alardes de estudio personal o literario y demás zarandajas. Es, en suma, la explicación clara y concreta de que un relato de ficción —más aún, de «ciencia—ficción»—, no tiene por qué ser comprometido ni estar cargado de intenciones de ningún género. Solamente de presentar una ficción, un problema simplemente imaginario —o quizá no tan imaginario en un futuro más o menos lejano—, que se limite a enfocar lo único que, realmente, debe interesar al escritor, sea cuál sea su escalafón o categoría como autor: el Hombre y su circunstancia. La dimensión humana de los personajes que, en suma, somos nosotros mismos.
Lo demás, son ganas de complicar las cosas. Pero eso sí, ¿y lo que «viste», desmenuzar la labor ajena, aunque sea solamente para equivocarse, sentando cátedra de entendido que sabe leer entre líneas..., incluso cuando entre esas líneas no existe nada, sino el espacio natural de la máquina de escribir?
¿Qué es la vida, fuera de la Tierra? ¿Y fuera de nuestros

conceptos de las formas vitales inteligentes?
Nadie sabría responder. Y menos aún, imaginar... Vivimos atrofiados por nuestro propio concepto de las cosas vivas. Y eso que aquí mismo, en el planeta Tierra, tenemos peces, medusas, aves, gusanos, reptiles, insectos... Es todo lo más que podríamos imaginar, relacionado con «algo» o «alguien» que tuviera vida, cerebro, inteligencia... Y, sin embargo..., puede no ser así.
Puede que la vida, en otros mundos, sea... como fue la vida de nuestro visitante de este relato. Como nuestro increíble Asesino Cósmico...

## CAPÍTULO PRIMERO
## LO CUENTA «UKK» (I)

«Estoy cansado.
Muy cansado. Siento fatiga. Agotamiento. Debo descansar. En algún lugar debo hacerlo, aunque no sea el más adecuado. Pero lo importante ahora es eso: descansar.
Descansar...
Es raro. Nunca, antes de ahora, estuve realmente cansado. Era diferente, claro. No estaba... fuera de casa. Esto de ahora es distinto. Estoy lejos. Muy lejos.
Ese lugar puede que sea bueno, no lo sé. Aún no puedo saberlo. Estoy demasiado lejos. Pero tiene aspecto de resultar aceptable. Sí, seguro que lo será. Tiene un bello color azul. Me gusta el azul. Y ese azul es diferente. Más bello aún...
No, no es tan azul ya. Visto de cerca, predominan los tonos grises, blancuzcos... Sí, entiendo. Son nubes. Nubes densas, sobre la superficie de ese planeta. Debajo no sé. Es posible que sea de un feo color. Veremos.
He pasado las nubes. O las estoy pasando, no sé. Son espesas. Pero yo las puedo atravesar rápidamente. Muy rápidamente. Viajo de prisa. Siempre he viajado muy de prisa. Y ahora ni siquiera me esfuerzo. ¿Para qué? Es fácil sobrepasar este velo de nubes, de gases, de vapores...

Ahora empiezo a ver algo. Sí, es azul. Muy azul. Hermosamente azul. Pero no... No todo es azul. Allá veo algo diferente: Es... es dorado. Y siena. Y verde. Y pardo. Muchos colores, sí. Este mundo tiene demasiados colores. Tengo que sensibilizarme mucho para captarlos todos, para entender su cromatismo.

Resulta atractivo el conjunto. No es un planeta muy grande, pero sí muy variado. No me disgusta. Predomina el azul, eso es cierto. Mucho azul. Y parece líquido. Sí, eso es: líquido. Algo ligero, móvil, elástico, adaptable a cualquier recipiente. Líquido, en suma.

Lo demás es diferente. Parece seguro, inmóvil. Sólido.

El dorado de sus orillas, el siena y verde de sus extensiones... Incluso aquellas manchas grises. Grises, feas, envueltas en vapores que parecen nubes. Pero no son nubes, no. Brota de esos mismos amasijos feos y grisáceos, formados de bloques iguales, más altos unos que otros, allá en medio del verde y siena, cada vez más escaso.

Hay humos por todas partes. Las nubes se extienden sobre esas masas grises, parecen envolverlas. No entiendo mucho lo que puedan ser. Ni lo que hay debajo, ni encima. Ni por qué ese torvo humo las envuelve.

Curioso planeta ese. De lejos parecía bello. Y azul.

De cerca, ya no es tan azul. Ni tan bello, claro. Quizá ellos mismos tengan la culpa.

Ellos...

Bueno, acabo de imaginar que algo o alguien vive ahí. En esa superficie. O en su interior, no sé. No entiendo mucho. No alcanzo a saber qué habrá en este nuevo lugar que visito. Pero, ciertamente, haya lo que haya, no debe ser demasiado inteligente. Ni demasiado avanzado. Tiene todo el aspecto de un planeta habitado sólo por animales, por formas de vida primitivas. Seguro que es sólo eso: animales, más o menos hábiles y capacitados para defenderse. Pero poco más.

Me acercaré más. Veré de cerca lo que hay abajo.

Más allá de esas brumas. Y en el azul líquido. Y en las franjas doradas de las orillas sólidas. Y en el siena, y en el verde. Y en

todas partes.
Soy un viajero. Un explorador. Un visitante. Todo visitante, antes de conocer el lugar que visita, se pregunta cómo será. Yo me lo estoy preguntando ahora. Quiero saber cómo es. Y no tengo quien me lo diga.
De modo que sólo hay un medio de saberlo: averiguándolo yo mismo.
Es lo que haré.
Yo. Yo lo averiguaré. Ahora mismo…

* * *

Empiezo a ver algo. No mucho. Pero es algo. Posiblemente haya más, allá lejos. Por aquí, no veo gran cosa. No entiendo lo que me rodea, pero hay vida, eso es evidente. Una forma de vida, cuanto menos. La que yo acabo de descubrir ahí abajo. Adonde ahora mismo, justamente ahora, vaya posarme ya...
¡Lo hice!
Ya me posé. Ya estoy aquí. Ya he tocado la superficie real, sólida, tangible, de este mundo adonde acabo de llegar, sea cuál sea.
Es un suelo firme, resistente. Me rodean formas de un tono oscuro. Densas, crujientes. Hay un aire seco que agita esa espesura verdosa. Debe ser vegetación. Tiene un color diferente a la de mi planeta. Pero los colores importan poco. Supongo que cada mundo tiene su cromatismo diferente. Y sus distintas formas de vida. Suponiendo que haya vida, claro está.
Vida...
¿Qué clase de vida, en realidad? ¿Inteligente, puramente animal, primaria? Me gustaría saberlo. Pero no veo nada ni a nadie. Nada se mueve, salvo esas plantas que mueve el aire.
Sí, eso tiene vida. Es vida vegetal, no hay duda. Crecen plantas. Se desarrollan y mueren. Como las de mi mundo. Pero esa vida no tiene inteligencia. No es la clase de vida que crea algo. Se limita a vegetar, claro. Desaparece sin dejar huella.
Yo me refiero a una vida como la mía. ¿Existe algo o alguien como yo, Ukk?

Si lo hay, no soy capaz de verlo. Ni de intuirlo siquiera. Esto está solitario, desolado. Salgo de la espesura. Y sigo sin ver nada. Sólo bruma allá lejos. Niebla gris, como humo. Quizá sea humo. Envuelve algo. Formas cuadrangulares, bloques sólidos, grises, que se elevan al cielo. No sé lo que pueda ser todo eso. No entiendo mucho de lo que me rodea. Pero confío en entenderlo. Poco a poco, claro. Por sus pasos contados. No tiene objeto apresurarse. No me urge nadie. No tengo prisa. Dispongo de todo el tiempo que quiera.

A fin de cuentas... ellos no van a encontrarme aquí.

Estoy seguro de eso. Pude despistarles, desorientarles totalmente. Y el Universo es tan amplio, tan infinito su número de mundos, soles, estrellas...

Estoy lejos. Muy lejos de mi ambiente habitual. Muy lejos de aquello que me es familiar. Quizá nunca vuelva allá. ¿Para qué? Cualquier rincón del Cosmos es bueno para un ser como yo.

Este mismo mundo puede ser bueno, ¿por qué no?

Todo depende de mí. Y de lo que encuentre aquí, claro. No sé la clase de vida que se desarrolla en este planeta. Esos seres hipotéticos, si existen realmente, pueden ser un peligro.

No me asustan por eso. Los peligros nunca me asustaron. O no estaría aquí ahora, ésa es la verdad. He llegado, ¿no es cierto? Sea adonde sea... he llegado. Bien. No pienso marcharme, a menos que resulte inhabitable para mí, por alguna oculta razón que, en este momento, no se me alcanza. Me gusta este aire seco, ese cielo color azul, ese sol que brilla sobre mi cabeza, esa vegetación, este paisaje, esta calma...

Sólo existe un problema grave por el momento: me siento débil, desfallecido. Creo que tengo hambre. Sí. Hambre. Tengo que comer. Necesito ingerir algo, lo que sea. Espero que en este planeta existan cosas comestibles para mí. Pero... ¿qué cosas pueden ser?

Busca alrededor. No, no, hay nada que se relacione con mis gustas, mis aficiones, mis inclinaciones naturales, lo que mi organismo me pide.

Seguiré buscando. Es posible que encuentre algo...

* * *

He buscada ya mucho. Mucho. Y no encuentra nada.

Absolutamente nada. No sé. Es raro. Este mundo tiene que tener «algo» que se pueda ingerir. Al menas, que pueda ingerirla yo, que es lo que cuenta.

Ese curso de agua que he pasado... Dentro de ella flotan criaturas pequeñas, veloces, viscosas. He tomada dos de ellas. Huelen mal. No sé lo que seran. Tienen escamas, aletas, ojos redondos y feos. Un cuerpo alargado, plano. Viven en el elemento líquido, van río abajo. No me gustan. No son nada comestible. No, eso sí que no. Lo he intentado. Resulta repugnante.

No he padido devolverlos con vida al ría. No sé por que, pero mi solo contacto las ha paralizada definitivamente. Estaban muertas apenas las extraje del agua. Tuve que tirarlas a la orilla, entre los hierbajos. No sirven para nada ya. Están..., están como podridos. Apestan. No lo entiendo. De cualquier modo, no son comestibles. No. me valen en absoluto. Y sigo teniendo hambre.

Necesito comer. Lo que sea, pero comer. O moriré de inanición. Incluso un ser como yo puede morir, si no se alimenta. Y ya, Ukk, no quiera morir. En absoluto desea morir. No he llegado tan lejos para eso. No he viajado tanto para dejarme extinguir estúpidamente. Si algo no soy, ni he sido, ni seré jamás, es eso: estúpido. No, nada de eso. Yo soy todo inteligencia, todo cerebro, todo pensamiento, todo fuerza mental, vitalidad pensante. No puedo cometer errores. Eso queda para los demás, para las criaturas imperfectas del Universo, para tarados o animales, para entes inferiores, para larvas y cosas que se arrastren, para seres que no poseen mi inteligencia ni mi poder.

Eh, un momento.

Si, ya veo algo. Algo vivo, algo que se mueve. Algo que viene hacia mí. Por allá. No está tan lejos. No sé de dónde salió, pero no está lejos.

Es un animal. Un ser inferior, no hay duda... Su aroma..., su olor... ¡Eh, eso si que es COMESTIBLE! Me gusta su aspecto, su olor... Ese animal saciará mi apetito, ya lo creo. Si, ya tengo alimento por hoy... Un buen alimento, lo dice mi instinto. Y si alguien posee un gran instinto, ese alguien soy yo, Ukk.
Me acerco. Y el animal se acerca. No me ha visto.
O no me distingue. No entiende. Somos tan diferentes esa «cosa» viviente y yo...
Ahora si se ha parado. Quizá tiene también algo de instinto, muy poco. Presiente que hay un enemigo cerca. Lo intuye. Ahora juraría que si. Me ha mirado.
Tiene miedo. Esa clase de animal inferior tiene un gran pánico. Está asustado, no sabe lo que ocurre, pero sospecha que no es nada bueno... Nada bueno...
Ha empezado a emitir algo, un sonido. Un raro sonido largo, estridente. Molesto. Un sonido de típico animal inferior, de criatura sin inteligencia ni poder.
Tengo hambre. Y su sonido me molesta.
De modo que salto hacia ese animal. Voy a comer. Al fin voy a alimentarme con un animal de este planeta...»

* * *

La niña tiró su muñeca plastificada, rubia y hermosa. Luego chilló. Chilló terriblemente. Dio media vuelta, con los ojos desorbitados. Quiso correr, huir, ir a alguna parte. Alejarse de allí. De aquel sitio. De aquello...
No pudo hacer nada de eso.
Tropezó. Cayó de rodillas. La «cosa» la alcanzó. Repitió su agudo grito de pavor. Cuando este grito se extinguió, ahogado en un silencio trágico: el drama había terminado.
La muñeca rodó por el polvo del sendero, entre helechos apacibles, no lejos del cauce del arroyo. La niña fue presa de aquello.
Poco después, todo estaba hecho.
Alguien había satisfecho su apetito. La niña, rubia como su muñeca, ya no era nada. O casi nada. Sólo la piltrafa, los

residuos de un voraz comensal, extraño y desconocido.
Sólo eso...

## CAPÍTULO II

Puso la muñeca sobre la mesa. Su voz sonó grave, profunda, llena de energía:
—Es lo único que permite identificarla, ¿no?
—Sí —dijo débilmente su interlocutor—. Es la muñeca.. Por tanto, ella... ella era Mónica. Sus ropas también coinciden. Es todo.
—¿Y... lo demás?
Hubo un silencio. Un escalofrío en ambos hombres.
Después, la voz del otro respondió con lentitud, con amargura:
—Se supone que también corresponde a Mónica.
Pero...
Otro silencio. Asintió el que hablara primero. Tocó mecánicamente la muñeca, acariciándola.
—Entiendo —dijo—. Entiendo muy bien lo que siente. Era una situación embarazosa. Ambos hombres volvieron a su mutismo. Uno paseó por la estancia, ceñudo. El otro se dejó caer en un asiento, la vista fija, vidriosa, clavada en la muñeca infantil.
—Quisiera poder decirle algo, profesor Clifford —habló el primero, clavando sus ojos en el exterior, en los grises edificios levantados al cielo, en la neblina industrial de las grandes fábricas.... Pero no tengo nada nuevo. Los médicos están practicando la autopsia. En tanto no se pronuncien ellos, no sé nada. Ando como usted: en tinieblas.
—Dios mío. ¿qué ha podido suceder, capitán Kramer? —musitó el profesor Nathan Clifford con voz ronca.
—No lo sé. No sé nada ni entiendo nada. Quisiera pensar que... que «aquello» no era, no podía ser una criatura, una niña de diez años. Pero, desgraciadamente, lo era. Y hay muchas probabilidades de que fuese Mónica, su alumna.
—Algo más que mi alumna, capitán —le recordó el profesor Clifford—. Además de eso... la hija de mi mejor amigo. La hija

de Edgar Wax...
—Mónica Wax... —el capitán Kramer asintió lentamente, con aire pensativo—. Cielos, me pregunto qué vamos a decirle a Wax, cuando quiera saber detalles... Claro que cabe la posibilidad de que sea otra niña, puesto que usted afirma que faltan cuatro de su internado, profesor...
—Las otras tres emprendieron viaje. Claro que siempre cabe una remota posibilidad. pero no, no lo creo. Debieron ir directamente al aeródromo, con la señorita Ross.
—Aún no hemos localizado a la señorita Ross, aunque estamos intentándolo sin descanso. Ella es la que puede aclaramos eso. Aunque si usted insiste en que la única niña que paseaba por las proximidades del Centro, era Mónica Wax..., mucho me temo que no haya error en ello.
—Es lo que digo yo, capitán. Todo coincide. La muñeca era suya, además. Claro que a veces la prestaba a otras niñas, de ahí la posible duda...
—Sí, claro está. Mientras no se confirme todo a ciencia cierta, siempre queda la duda en el aire. Aunque muy débil, claro está...
—Mucho, sí. Estoy seguro de que era Mónica. Pobre criatura, ¿qué pudo sucederle, capitán?
—Si yo lo supiera... —jadeó el oficial de policía de Centrópolis.
Zumbó el llamador, sobre la mesa. Kramer se inclinó, conectando el visófono. Apareció en la pantalla la figura televisada de un funcionario de Laboratorios, con un documento en las manos.
—¿Sí? —indagó Kramer, por el micrófono—. Adelante doctor Harvest...
—Capitán, tenemos el resultado de la autopsia —dijo gravemente el médico.
—Le escucho. Estoy preparado a cualquier cosa.
—¿Cualquier cosa? —el médico hizo un gesto extraño—. No sé...
—¿Qué quiere decir?
—Esto no es «cualquier cosa», capitán. Es la más extraña cosa que jamás tuve ante mí, palabra.

—Adelante, no me haga impacientarme más —y cambió una ojeada tensa con el angustiado, inquieto profesor Clifford, inclinado sobre la mesa, fija su vista en el pequeño visor de comunicación.
—Muy bien, capitán. Aquí tiene los datos obtenidos, y no crea que hay error. Todo está cuidadosamente comprobado. Nos sorprendió tanto, que hemos procurado confirmar de modo minucioso los resultados de la autopsia. Y no hay posibilidad alguna de error, se lo aseguro.
—Termine de una vez, doctor Harvest. ¿Qué han encontrado en el cadáver?
—Algo espantoso, capitán. Esa niña llevaba solamente un par de horas sin vida. A pesar de ello, su estado de putrefacción era total, como si sus restos se hubiesen corrompido a lo largo de un abandono de semanas enteras. Su sangre, sus vísceras... faltaban del cuerpo, como absorbidas por algo. Y su cráneo, asimismo, había sido vaciado. Es decir, de alguna forma, su masa encefálica fue extraída de su lugar, lo mismo que su sangre, sus vísceras todas ... SIN LA MENOR HERIDA O INCISION EN EL CUERPO, para haber procedido así a su extracción. Es decir, el cuerpo estaba corrupto, pero... intacto.
—¿Qué? —jadeó Kramer, mortalmente pálido, cambiando una mirada de estupefacción con el profesor Clifford—. No es posible... Habrá algún error, doctor...
—Ningún error, ya se lo dije —sonó, agitada, la voz del médico —. Todo confirmado, comprobado sin lugar a dudas. El cuerpo estaba corrompido, pero intacto. Y eso sí, totalmente VACIO. Cómo pudo ser vaciada la pequeña, es algo que la autopsia, desgraciadamente, no nos ha revelado.
—Pero tendrán algún dato más, algo que hayan podio descubrir: la forma en que murió, lo que sea...
—Nada, capitán. Es evidente que murió desangrada y desprovista de todos los órganos vitales de su cuerpo. Pero cómo se produjo ese extraño fenómeno... es algo que no podemos explicar. De todos modos, mis compañeros están tratando de analizar restos del cadáver, muestras de sus tejidos internos y externos, tratando de hallar algo que nos sirva de

orientación. Por el momento, desgraciadamente, no hay nada más. Lo siento, capitán. Ya le dije que era difícil estar preparado para ciertas cosas...

* * *

Edgar Wax oprimió con fuerza el brazo de su esposa, cuando el féretro se introdujo en el panteón familiar, y la lápida cayó sobre él. Hubo un profundo silencio en la cripta, pese a las varias personas allí agrupadas, durante la fúnebre ceremonia.

Un ahogado sollozo partió de labios de la madre. Wax la confortó con una presión decidida, enérgica. Y con unas pocas palabras, susurradas en voz baja, pero que la resonancia de la cripta hizo retumbar huecamente:

—Serenidad, querida... Ya nada se logra con eso. Hay que ser fuertes...

—Pero Edgar, nuestra Mónica... —gimió ella, desolada.

—Lo sé. Sé todo lo que puedas decir. Sentimos lo mismo. De la que se trata ahora, es de saber qué sucedió... y cómo sucedió.

Se ajustaron los tornillos de color hierro viejo de la lápida, cerrándose de modo definitivo. Edgar se llevó a su esposa, hacia la salida de la cripta, mientras ella no podía ya contener sus sollozos. Tras ellos, salieron, en silencio, el profesor Clifford y el capitán Kramer, de la policía.

Abandonaron el recinto funerario en completo silencio, caminando cabizbajos entre panteones y tumbas. Algo parecía pesar sobre ellos, gravitando como una de aquellas losas que les rodeaban por doquier. Pero bastante menos sólido, menos tangible. La sombra de la infortunada Mónica y su extraña muerte, parecía tenerles abandonados, inmersos en un angustioso mar de dudas e incertidumbres.

Se separaron todos al llegar adonde aguardaban los respectivos vehículos. Fue una penosa despedida. Edgar Wax, el padre de la muchacha desaparecida, se quedó mirando fijamente a Kramer cuando se estrecharon ambos la mano.

—Espero de su celo algo más que esa oscuridad que rodea la misteriosa muerte de mi hija —declaró con frialdad. Y

volviéndose a Clifford, su tono no fue menos suave, pese a la larga y vieja amistad de ambos hombres—: En cuanto a usted, amigo mío, no puedo culparle de nada. Mónica paseó siempre por esos lugares, sin que nada le sucediese. Pero ello no basta para que haya habido cierto descuido por parte de su establecimiento, al dejar a una niña solitaria, en un descampado, pese a ser una temprana hora matinal. De cualquier modo, ya ha sucedido, y nada puede arreglarlo. Sólo espero saber cómo sucedió. Porque algo me dice que eso no es un accidente. Que hubo alguien culpable, en suma.
—¿Un asesinato? —pestañeó Kramer—. No tiene sentido...
—¿Quién podría matar de semejante modo a una criatura?
—¿Y qué clase de accidente ve usted que pueda producir semejantes resultados en un cuerpo humano, capitán? —replicó acremente Wax.
Dio media vuelta, sin esperar una respuesta que él parecía saber que no llegaría, y se alejó resueltamente. El capitán y el profesor se miraron, perplejos.
—Asesinato... —repitió Kramer—. Es absurdo...
—¿Usted cree, capitán? —fue la desconcertante pregunta de Clifford, cuyas cejas se arquearon enigmáticamente.

* * *

—¿Asesinato? —el doctor Harvest se encogió de hombros—. No sé, capitán. Pudiera ser. Es más probable que un simple accidente. Sólo que no veo el medio de matar. ¿Cómo se puede corromper un cuerpo recién fallecido... y cómo estar vacío de toda clase de vísceras, lo mismo que si hubiera sido dispuesto para un embalsamamiento... , pero sin corte ni incisión alguna para extraerlas?
—No lo sé. Usted me dijo que estaban examinando los tejidos exteriores e interiores para dictaminar algo más concreto, doctor...
—Y lo hemos hecho ya.
—Bien. ¿Resultados?
—Nulos, o poco menos. Hay algo, es cierto. Pero no tiene

sentido.
—Eso, debo juzgarlo yo. Tenga sentido o no, doctor, ¿qué era ese «algo» que encontraron ustedes?
—Una mucosa que envolvía el cuerpo. Como si hubiera estado rozándose con algo viscoso, una especie de baba desconocida. No responde a animal o sustancia alguna concreta. Todas las pruebas de identificación hechas, dieron resultado negativo, capitán.
—Resultado negativo... De todos modos, esa mucosa debe ser algo, doctor. Escuche esto que vaya decirle: la niña era interna del Centro de Educación del profesor Clifford. En ese Centro hay toda clase de alumnos de diversas edades y de ambos sexos, en clases diferentes y grados de educación distintos. El profesor Clifford es un eminente químico. Voy a visitarle. Y le llevaré su resultado del examen de tejidos, así como, a ser posible, unas muestras de éstos, para que él los revise en su laboratorio. ¿Alguna objeción, doctor Harvest?
—Ninguna, capitán Kramer —respondió secamente el médico, meneando la cabeza—. Pero si espera encontrar algo, lo dudo mucho. Mucho, sinceramente...

* * *

—No —negó el doctor Allyson—. El profesor Clifford está ausente.
—¿Ausente? Creí que eran horas de trabajo...
—Y lo son. En realidad, está trabajando... a su modo —sonrió el doctor Clark Allyson con una luz de simpatía en sus ojos grises, inteligentes y fríos... Ha ido cerca del río.
—¿El río? —Kramer enarcó las cejas—. El lugar donde sucedió...
—Sí. El lugar donde la niña apareció muerta, capitán. Allí está él ahora. Investigando.
—¿Ha encontrado algo, tal vez?
—No sé —el joven doctor Allyson, de Biología, se encogió de hombros. Su rostro anguloso, enérgico y viril, reveló curiosidad —. El profesor es hombre retraído. Nunca dice nada, mientras

no lo juzgue necesario. Soy su ayudante personal. Sin embargo, nada sé de sus ideas sobre el asunto. Sólo puedo decirle que le observé estos dos últimos días bastante excitado. Eso es todo.
—Bien. Iré a verle. ¿Lleva mucho tiempo por las proximidades del río, doctor?
—Cosa de un par de horas. Dijo que vendría para la hora de cenar... —consultó Allyson su reloj, y miró a la luz del día, ya difusa, azulada, iniciándose las sombras del atardecer— y sólo falta media hora para ello. Tal vez se demore. Cuando está investigando algo que le apasiona, no existe el reloj para él, capitán Kramer.
—Entonces, iré a buscarle yo mismo —dijo el policía bruscamente. Entregó a Allyson el envoltorio que llevaba—. Tenga eso, y llévelo al laboratorio para su posterior análisis. Son muestras de tejidos de Mónica. Y un informe de nuestro laboratorio.
—Bien, capitán. Guardaremos esto, a la espera del profesor. Convénzale para que regrese antes de caer la noche. No es prudente andar por ahí deambulando al anochecer... después de lo que le sucedió a la niña.
—¿Por qué dijo eso? —se sorprendió Kramer, volviéndose hacia el doctor Allyson, pensativo—. ¿Acaso teme usted algo en especial?
—No sé... —el joven investigador se encogió de hombros, hundiendo sus manos en la bata de laboratorio—. Siempre se teme algo, cuando un ser humano, especialmente una niña indefensa, muere de un modo que no tiene explicación lógica...
—Pero..., ¿qué? ¿Qué se puede temer, doctor? —insistió Kramer.
—Eso es lo malo, capitán: que no lo sé... Y aquello que se desconoce... resulta doblemente inquietante, ¿no cree?
—Sí —afirmó, con un suspiro, el capitán de policía—. Evidentemente, sí. Mucho más inquietante...
Y salió de la estancia, dirigiéndose en busca del profesor Clifford.

* * *

Se incorporó el profesor Nathan Clifford. Se contempló, profundamente pensativo, las yemas de los dedos. Volvió a contemplar el suelo. Perplejo, sacudió la cabeza.

—No sé... —susurró—. No entiendo bien...

Siguió adelante, bordeando los helechos y cañaverales de la orilla. El río corría suave, rumoroso. Las sombras de la tarde se iban acentuando cada vez más. Pero el veterano investigador parecía no darse cuenta exacta de ello. Estaba muy abstraído en su búsqueda.

Volvió a detenerse, esta vez al borde del río. Contempló las aguas levemente turbias por la proximidad de fábricas y centros industriales que contaminaban su curso. Se agachó de nuevo. Pareció husmear el suelo, los arbustos. Hizo un gesto de repugnancia.

—Podrido —jadeó—. Huele a podrido...

Respiró hondo. Apartó cuidadosamente unas anchas hojas, unas cañas verdes... se encontró con algo que le hizo retroceder, asqueado. Un pequeño cuerpo. Un animalito insignificante: un simple conejo. Rollizo, blanco, peludo.

Estaba muerto. Y algo peor. Apestaba, en plena putrefacción. Lo estudió, pensativo.

No era raro hallar un animal sin vida, ya corrompido. No hubiera tenido nada de raro... si los ojos no hubieran estado intactos, brillantes aún, como vidriosos, muy abiertos.

Un animal muerto, podrido..., pero con los ojos casi vivos, acusando una muerte cercana aún. Era un contrasentido... Tocó su pelo. Los dedos se apartaron, cubiertos de una especie de baba o mucosa elástica.

Se irguió, con mirada brillante, con expresión calculadora. Dio unos pasos atrás.

Iba a volver al Centro. Ya tenía bastante por el momento. Era más de lo que había esperado encontrar.

Tomó de su bolsillo una bolsa plástica que llevaba preparada. Metió en ella el fétido conejo. La cerró herméticamente. Inició el regreso al Centro.

Oscurecía rápidamente. Y, de pronto, supo que no estaba solo. Se estremeció. Se sentía observado. Vigilado por alguien.
Giró la cabeza inquieto. Vio algo... Luego, emitió su largo y terrible alarido.

## CAPÍTULO III

Kramer escuchó el alarido.
Se le erizaron los cabellos. Dominó su escalofrío, desenfundó su arma y gritó con voz ronca:
—¡Profesor! ¡Profesor Clifford! ¿Dónde está, qué sucede...?
Al mismo tiempo que lanzaba estas palabras, se puso a correr en dirección al río, dispuesto a todo. La oscuridad caía ahora con rapidez. Pronto sería noche cerrada, y el lugar no resultaba tranquilizador, después de la muerte de la pequeña Mónica. Ahora, con el alarido, en el que identificó el policía la voz del profesor Clifford, todavía mucho menos.
Su carrera aumentó, apenas vio, pasado el recodo, los cañaverales, árboles y helechos ribereños. Llamó de nuevo:
—¡Profesor! ¡Responda! ¿Dónde está usted, profesor? El silencio fue la respuesta. Tras el grito indescriptible, no se escuchaba nada ni a nadíe. Aquel mutismo le resultó a Kramer mil veces más terrible que el grito mismo.
Llegó al río, arma en mano, precavido, escudriñando en derredor, con toda desconfianza, sin saber qué se encontraría por allí.
Cuando lo encontró, creyó que iba a perder el conocimiento, horrorizado. Y era un hombre veterano en la policía, curtido en mil avatares desagradables. Pero ninguno como aquel al que se enfrentaba ahora bruscamente.
—¡Profesor! —jadeó, lívido, estremecido.
El profesor no le respondió. No respondería jamás, ni a él ni a nadie. Estaba muerto.
Muerto, ¡y de qué modo!
—Dios mío... —susurró Kramer, sintiendo náuseas, temblándole las piernas, inseguro su pulso, dilatada la mirada,

donde el horror se cuajaba, frenético casi.

Luego, se inclinó junto al cuerpo hediondo, convulso, crispado, del que subía un hedor repulsivo. Se encontró con un rostro cadavérico, en el que se dibujaba la calavera, blanco ceniciento, desangrado todo el cuerpo.

Junto a él, en una bolsa plástica, un conejo también descompuesto, parecía el rastro inconfundible de una forma de muerte insólita y fantasmagórica.

Pistola en mano, Kramer miró en derredor, estremecido. No descubrió nada ni a nadie. Solamente el atardecer apacible, las sombras oscuras, que parecían hacerse más densas allí en los cañaverales. Y la muerte a sus pies. La muerte de un hombre y de un conejo, como única huella de un tremendo horror invisible.

* * *

Clark Allyson abandonó la estancia, haciendo oscilar tras él las puertas. Se quitó la mascarilla. Y los guantes. Respiró hondo, clavando la mirada en el oficial de policía.

—¿Y bien...? —indagó éste en tensión.

Allyson no dijo nada, al menos en principio. Pareció buscar aire que no oliese a desinfectantes, a ácido fénico, a quirófano, a hedor de muerte humana. Luego, lentamente, se expresó con frialdad:

—Es el mismo caso de la niña, capitán. Muerte por pérdida total de sangre en sus venas y arterias. Cerebro vaciado. Vísceras desaparecidas. Ningún corte o incisión por donde extraer dichas vísceras. Solamente la huella de una succión.

—¿Succión?

—Eso dije. Una huella amoratada en su cuello, bajo la nuez. En forma oval. No parece significar nada, pero puede ser algo. Es el único indicio de violencia posible.

No justifica, en principio, la extracción sanguínea, y menos aún la de su cerebro y vísceras. Menos todavía el estado corrupto del cadáver. Pero... es lo único que hay. Y he examinado pulgada a pulgada la superficie de su cadáver.

—Dios... Una succión no significa nada doctor Allyson. El joven médico afirmó, pensativo.
—En principio, así es —convino—. No significa nada.
Pero la misma succión... o lo que ello sea..., aparece en el cuello del conejo muerto. Tampoco éste posee sangre, vísceras ni cerebro. Ni ninguna otra huella de teórica violencia.
—¿Qué puede significar eso?
—No lo sé, capitán.
—Pero usted es médico...
—Oh, claro. Soy médico. No soy adivino ni brujo. No entiendo lo que desconozco. Y todo lo que estoy examinando lo desconozco en absoluto. He pedido datos de la autopsia y examen de la niña muerta, Mónica Wax. Busco algo concreto: un óvalo violáceo.
—Entiendo. ¿Cree que todo es obra de... de una misma mano?
—¿Mano? —Allyson se encogió de hombros—. No se... Es como señalar un asesino, un culpable material.
—¿No lo hay, acaso? Hay quien cree que es... asesinato.
—Tiene todas las apariencias de ello. Pero, ¿qué clase de asesinato? Y, sobre todo, ¿qué clase de asesino?
—No podría responderle, doctor. Parece cosa que está más en manos de médicos y científicos que de policías... El profesor Clifford buscaba algo por las proximidades del río, eso es evidente. Y lo encontró. No sólo halló el cadáver de un conejo putrefacto, sino que encontró «algo» más. Y ese «algo» o «alguien», terminó a su vez con él.
—Por tanto, confirma usted la teoría del asesinato.
—Sí, doctor Allyson. Sólo que se trata de un asesinato anómalo, incongruente... No, la verdad. No puedo entenderlo bien. Estoy desorientado, asustado...
Los ojos grises y penetrantes del joven médico, se fijaron en el oficial de policía al hacerle la pregunta:
—¿Vio algo raro en las proximidades del río, capitán?
—No —negó Kramer—. Nada en absoluto... Allí, todo parecía tranquilo, apacible, en calma. Como si nada hubiera sucedido.
—Pero sucedió, capitán. Una niña, un científico y un conejo han muerto del mismo modo. Tres casos diversos y sorprendentes,

¿verdad? Yo me pregunto: ¿qué está sucediendo en ese río, capitán Kramer?
—No lo sé —dijo con energía el policía—. Pero sea ello lo que sea, lo voy a descubrir esta misma noche. O mañana. He avisado a Centrópolis. Cientos de policías están en camino, con vehículos, reflectores y detectores. También he avisado al Ejército. Y van a cooperar conmigo. Si alguien se oculta allí, no tendrá más remedio que aparecer, doctor.
—¿Usted cree? —dudó, sacudiendo la cabeza, Clark Allyson, doctor en Biología.
Y su escéptica pregunta, tuvo la virtud de sorprender y desmoralizar al capitán Kramer .

* * *

—¿Se ha logrado algo, Clark?
—Nada —suspiró el doctor Allyson, inclinando la
cabeza—. Ha sido un fracaso total.
—No puedo comprenderlo... —musitó la doctora Lane, inclinando su pelirroja cabeza de mujer joven y atractiva—. Era un perfecto cerco de varias millas de radio...
—Exacto. El más amplio y firme que he visto. Tropas, policía, reflectores, detectores electrónicos, rastreo de perros, de especialistas... Sin embargo, todo ha dado un resultado completamente negativo.
—¿Mostraron a los perros algún resto del profesor Clifford o del conejo muerto...?
—Claro. Y los sabuesos se introdujeron en el río, ladrando. Allí se perdió la pista. Pero eso sí: hallando varios peces muertos, corrompidos, flotando en las aguas. Eso fue todo. Los intentos posteriores fracasaron. Quienquiera que buscaran, se perdió en el cauce del río.
—¿Un... un ser humano?
Clark Allyson se irguió. Miró a la joven doctora Beverly Lane, del centro de Estudios e Investigaciones Científicas y Educación Especializada. Era su compañera en las tareas habituales del centro. Además, era una excelente profesora en

Medicina, Socorrismo y otras ramas de asistencia médica y Sanidad, en las diversas aulas del Instituto de Enseñanza anexo. Era la primera doctora realmente atractiva que había conocido, como decía habitualmente con humorismo el joven médico. y no solo porque tuviera rojos cabellos y verdes ojos, sino porque su figura era esbelta y turbadora, su boca una tentación para el beso, y su feminidad tan devastadora que todos los varones de aquel Centro andaban inevitablemente tras ella, aunque Beverly Lane no hiciera gran caso a ninguno.

—¿Por qué dijiste eso? —quiso saber Allyson, entornando los ojos.

—¿Lo del ser humano? —ella se encogió de hombros—. Sinceramente, porque no me parece en absoluto un caso normal. No hay persona alguna que pueda provocar esa clase de muerte. A menos que haya encontrado un arma extraña y devastadora.

—En otro caso, ¿por qué posibilidad te inclinarías tú, Beverly? —se interesó vivazmente Allyson.

—Por una sola: la de que está ocurriendo algo fuera de lo normal. Algo que desconocemos. Acaso un fenómeno biológico. Algo fuera de lo humano.

—¿Como por ejemplo...?

—No sé —suspiró ella—. Tú, Clark, eres biólogo. ¿No se te ocurre nada?

—No, nada. Pero estamos de acuerdo en algo: lo que sea, no es humano. Lo había pensado ya alguna vez. No me atreví a expresarlo, por si me consideraban demente. Me alegró y me sorprendió que tú lo mencionaras.

—Es una conclusión lógica —ella entornó, pensativa, sus bellos ojos verdes—. Clark, ¿hay resultados de esa mucosa encontrada en los cadáveres?

—De momento, nada. Absolutamente nada, Beverly.

—Entiendo. Es difícil el problema planteado ¿no?

—Muy difícil. Tanto, que hasta se ha fracasado totalmente. Es una sustancia rara, amorfa, incongruente. No responde a las pruebas efectuadas. No responde a los análisis. No se parece a nada, ni tan siquiera a la baba de un reptil o de una babosa. Se

sigue experimentando. Van a analizarla por medio del microscopio electrónico y a través del espectro luminoso. Veremos lo que resulta.
—Todo ello parece confirmar la teoría principal: el origen no humano de esa materia y, por tanto, de su forma de destrucción vital.
—Pero si fuese así... ¿qué clase de materia es ésa?
—Me gustaría poderte responder a eso. Clark —suspiró Beverly. Sonrió luego, de aquella forma que ella sabía sonreír, curvando sus labios gordezuelos, de un modo natural y jugoso, formando dos graciosos hoyuelos en sus mejillas—. Pero sé menos que tú de la cuestión. Realmente, me siento desorientada.
—Si sólo fuera eso... —Allyson inclinó la cabeza, profundamente pensativo—. Yo no sólo me siento desorientado..., sino asustado.
—¿Asustado? —Beverly Lane le miró, dando unos pasos por la amplia estancia del recinto científico—. ¿De qué, Clark?
—Eso es lo malo: que no sé de qué, Beverly... Pero evidentemente, de algo que está por ahí, no lejos de nosotros...

## CAPÍTULO IV
## LO CUENTA «UKK» (II)

Extraños seres los animales de este planeta. Muy extraños. Y torpes.
Parece que se enfadan por lo que pueda sucederle a uno de ellos. No toleran ciertas cosas, a lo que veo. Por esa piltrafa en que se convierte cualquiera de ellos al saciar mi apetito, movilizan unas fuerzas ridículamente grandes. Y sin resultado, además.
No sé lo que buscan. Si es a mí, ni siquiera saben encontrarme aunque esté ante sus propios ojos. No les entiendo. Carecen de cerebro. Porque no creo que eso que poseen en su cabeza, pueda ser su centro intelectual, aunque así lo parece.
Son todos ellos basura. Auténtica basura. Todas las criaturas

de este planeta lo son. Apenas se les toca, se pudren, se corrompen. Dan asco. Pero tienen algo sabroso, algo que sacia mi apetito. Y lo aprovecho.
Ahora me siento satisfecho. Bastará con unos cuantos más. Y tendré alimento para largo tiempo. Entonces será cuestión de estudiarles más a fondo. Parece que tienen una sociedad organizada. No sé como pueden tenerla, con su escaso poder mental, pero la tienen. Ya sé lo que son esos bloques grises: los llaman «edificios». Y su conjunto. Lo llaman «ciudad». Entiendo sus pensamientos, aunque sean flojos y torpes. Sus radicaciones mentales resultan nulas o poco menos. Son unas criaturas insignificantes y miserables. Lo peor es que se creen importantes.
Puedo vencerles a todos. A todos. Y burlarme de ellos, asustarles, horrorizarles, llevarlos de un lado a otro, llenos de pavor. Desorientados, destruirlos... Lo que yo quiera. No sospecharán nada, no sabrán de donde les llega el peligro. No podrán localizarme y, mucho menos, identificarme. En cuanto a combatirme..., solo la idea resulta grotesca, disparatada. Serían incapaces de tal cosa, por mucho que hicieran. Y vencerme..., ni en sueños pueden llegar a imaginarlo.
Aquí, en este planeta, soy invencible. Soy todopoderoso. Es una idea agradable. Me embriaga el pensarlo. ¡Invencible, invulnerable...! ¡Amo y señor de «todo» y de «todos»! Soy..., como un dios absoluto, como una divinidad inalcanzable. Y terrible para ellos, eso si. Terrible..., porque no podemos convivir juntos. Es imposible. Ellos me sirven de alimento. Es primordial. No pueden ser amigos de quien les devora. Lo encuentro razonable. Tampoco yo sería amigo de ellos, porque los desprecio, me causan hilaridad. Además..., son mi alimento. Solo eso. Pobres bestias apetitosas, que se pudren apenas me nutro de ellas.
Por otro lado, destruirles me produce placer. Un infinito placer. Excita mis instintos de complacencia, de júbilo. Me siento feliz al aniquilarlos. Ese placer no se puede comprar con nada. Es algo instintivo. Siempre me gustó destruir. Es una tarea agradable. Pero destruir a esa gente, espolea mis centros

generadores de sensaciones placenteras.
Será maravilloso verlos destruidos en masa, aniquilados por millares, verles correr aterrorizados, hacer les huir despavoridos. Sí, una gran idea. La llevaré a la práctica. Esos pobres animalillos que se creen inteligentes, civilizados y en sociedad perfecta, van a llevarse una gran sorpresa. Ya lo creo que se la llevarán, los muy miserables y ridículos personajillos.
Primero dejaré esta zona. Empieza a ser fatigosa, irritante. Además, acaso alguno de ellos sea más inteligente que los demás, y busque más a fondo. Aquel tipo que halló el conejo, parecía peligroso. Ya no lo es, claro. No existe.
Me iré. Iré a esa ciudad. A sus edificios y calles grises, rodeadas de neblina de fábricas y centros industriales. Se envenenan ellos solos. ¿De qué pueden quejarse si yo acelero su agonía y adelanto su final? No hago nada peor de lo que ellos mismos puedan hacerse entre sí.
Cuando esté en la ciudad, veré lo que hago. Creo que utilizaré mis facultades de mutante. No es nada difícil desdoblarse en uno de «ellos», fingirse un ser..., ¿cómo le llaman a sí mismos...? Un ser... humano. Eso es. En apariencia, seré otro de ellos. Otro ser humano. Ni siquiera sospecharán nada, viéndome entre ellos, deambulando tranquilamente. Carecen de imaginación para ver nada, más allá de sus narices.
Creo que de ese modo lograré algo importante. Me sentiré más feliz, más complacido. Mi gozo será mayor. Aunque no tenga apetito, destruiré. Por el placer de destruir, que no ofrece comparación con ningún otro.
Sería bonito acabar con todos ellos. Luego puedo irme a otro lugar, a otro mundo cualquiera. Y dejar tras de mí un mundo apestoso, hediondo, lleno de cadáveres... ¿Por qué no? Les estará bien merecido a esos orgullosos e insignificantes seres de este mundo. Así aprenderán lo miserables y débiles que son. Un solo ser, una criatura de otro lugar, de otro mundo, puede terminar con todos ellos en poco tiempo. Será una experiencia hermosa, gigantesca. Digna de mí, Ukk.
Claro que será su última lección. Lo último que aprendan. Después de eso, morirán. Serán basura, bazofia. Carne

putrefacta. Carne muerta, apestosa. Y poco más. De ellos no quedará rastro alguno. Sólo su asqueroso y sucio hedor, invadiéndolo todo, convirtiendo este planeta en un vertedero, en una llaga purulenta, flotando en el espacio estelar...
Sí. Va a ser divertido. Muy divertido. Como un juego.
Un gran juego. Un alarde de mi poder, frente a su insignificancia y torpeza. Va a ser muy divertido. Y, sobre todo, una inextinguible fuente de placer. De gozo, de complacencia...
Va a ser hermoso. Digno de mi, Ukk. Digno de una supercriatura llegada de otros lugares del espacio cósmico...
Y ellos, los pobres, los tristes, los miserables humanos, van a saberlo pronto. Muy pronto...

## CAPÍTULO V

Clark Allyson inclinó la cabeza sobre su mesa de trabajo. Contempló los tejidos extendidos sobre el plato de vidrio. Los examinó a través del microscopio, se mordió el labio inferior, pensativo. Luego, llevó las muestras al microscopio electrónico. Accionó los mandos.
Una pantalla de televisión, en el muro, reveló la imagen en color de aquellos tejidos, ampliados miles de veces. Estudió el cambio constante de sus células, como las manchas de un calamar vivo. Era una mutación pausada, intermitente. Aquellas células variaban de coloración y brillo, como si fueran un cuerpo tornasolado.
Se frotó el mentón, apartando los ojos de la pantalla. Accionó el ampliador del microscopio electrónico hasta diez mil ampliaciones. Las manchas de color variante se hicieron gigantescas, cubriendo la totalidad de la pantalla visara.
—Células vivas... —comentó—. Mutantes... De eso está hecho ese tejido mucoso... Pero no responde a reacción química o fisiológica alguna. Sencillamente, no reacciona como algo conocido, químicamente nuestro. Es... es como si fuese «extrafio», ajeno a lo que conocemos y tratamos habitualmente...

Se retiró definitivamente del ampliador electrónico.
Apagó la luz de la pantalla. Pasó las muestras a un recipiente especial, en el computador electrónico de biología y biosíntesis.
Accionó una complicada serie de teclas de tres colores, rojas, verdes y blancas.
Funcionó el computador, con las muestras dentro.
Una serie de luces, cifras y cambiantes de color se movieron en el tablero electrónico, antes de que en una pantalla televisora surgiese un rectángulo de luz verde, con un texto electrónicamente compuesto por la máquina computadora:

> «Materia desconocida. Reacción negativa a toda biosíntesis. Procedencia ignorada. No responde a ningún elemento químico conocido. No está registrado en la lista programada. No se deriva de ningún otro cuerpo o elemento conocido, ni es composición química o física de materia conocida alguna. »

Era revelador, en su propia ambigüedad negativa.
Clark Allyson lanzó una imprecación. Rápidamente, se inclinó sobre el televisófono, tras cortar el funcionamiento de la máquina computadora y apagar la pantalla.
Descolgó el auricular del aparato de comunicación.
Pulsó el botón rojo de llamadas urgentes.
—Línea de urgencias informativas —sonó una voz mecánica—. Hable, por favor.
—Aquí doctor Clark Allyson, del Centro de Investigaciones Médicas y Enseñanza Especializada. Deseo comunicación directa con el Pabellón de Información Astronómica de Centrópolis.
—No se retire —habló la voz monocorde—. Conecto inmediatamente.
Hubo una breve pausa. Un chasquido. De la pantalla visora en color y 3D, se retiró la efigie de la locutora de Control, y apareció un funcionario con el azul uniforme del servicio de Información Astronómica, el conocido AIS.

—Pregunte, señor —habló el empleado—. Información Astronómica a su servicio.
—Aquí el doctor Allyson, del Centro de Investigaciones Médicas de Centrópolis, Zona Sudoeste. Deseo informarme sobre posibles fenómenos observados en nuestra zona o las inmediatas últimamente.
—¿Qué clase de fenómenos exactamente, doctor?
—¡De tipo aéreo. Como meteoritos, anormalidades cósmicas o posibles fragmentos de asteroides registrados en descenso sobre el suelo terrestre recientemente. En un periodo de una o dos semanas, aproximadamente.
—Un momento, doctor. Enseguida será informado. El funcionario se volvió a un panel electrónico. Manipuló en él. Allyson observó a través de la visión cromática y estereoscópica de la pequeña pantalla de televisión del sistema de comunicación.
Una vez más, la cibernética dio rápidos datos computados oportunamente. El funcionario se volvió con una ficha que situó ante la cámara de televisión. La pantalla reveló claramente su contenido.
—¿Puede leer el informe archivado, doctor? —preguntó la amable voz del comunicante.
—Si, gracias —asintió Allyson.
Y leyó la respuesta computada por la Información Astronómica. Llevaba fecha solamente de cinco días atrás.

> «Registrada por pantallas de radar y red de control espacial de seguridad, caída de meteorito o cuerpo celeste sin localizar, en zona Sudoeste de Centrópolis, cuadrante 127 B.
> »Dimensiones reducidas y naturaleza desconocida.
> »No existen más informes archivados.»

* * *

—¿Y bien, doctor Allyson?
El médico estudió al capitán Kramer fijamente.

Golpeó la fotocopia televisada de la ficha en su poder. La exhibió ante el policía, que la contemplaba, escéptico.
—Es la explicación, capitán —dijo, sereno—. La única explicación.
—¿Qué explicación? —masculló el oficial de policía.
—¿Es que no lo ve? Ese cuerpo espacial, meteorito lo que sea... Esa sustancia mucosa, inidentificable ... Todo ello puede ser una misma cosa. Sus células tienen vida propia y son mutantes, ¿entiende?
—No; doctor. No soy científico.
—Pero es policía. Sabrá deducir, conforme a las evidencias que le presenten. Si en su poder hay algo que no se puede analizar por ser un cuerpo diferente en su composición física y química a cuanto existe registrado en el mundo, si ese algo, observado al microscopio electrónico, acusa mutaciones de color y de reflexión luminosa, y todo ello en una forma desusada en los cuerpos conocidos por el hombre, y a la vez, en el mismo lugar, zona y área en que sucedieron las muertes de la pequeña Mónica, el conejo, el profesor, los peces, etcétera, se acusa la caída o impacto de un cuerpo celeste, un posible meteorito o aerolito aún «no localizado ni identificado»..., ¿qué diría la mente razonadora y deductiva de un policía profesional?
El capitán se frotó la mandíbula, pensativo. Reflexionó, la vista fija en el papel. Pareció reaccionar lentamente. Frunció el ceño. Miró de soslayo a Allyson. Aventuró, tímidamente, casi una conclusión que a él mismo le parecía absurda:
—Llegó... llegó de otros espacios...
Clark Allyson respiró hondo. Asintió, con expresión grave, nada humorística.
—Exacto, capitán —afirmó.
—Un... un invasor —aventuró Kramer, casi temiendo hacer el ridículo.
—Es lo que he deducido yo, exactamente, capitán —suspiró Clark—. Un invasor. Algo o alguien, llegado del espacio. Es la única explicación posible.
—¡Nadie la aceptará, doctor! ¡Nos tomarán por locos!
—Tendrán que aceptarla —dijo fríamente Allyson—.

Estamos ante un peligro cierto, capitán. Ante algo que no es de este mundo, y que destruye a los humanos, por la causa que sea.
—Un invasor... —el oficial de policía, meneó la cabeza, estupefacto—. ¡Un invasor...!

* * *

—Un invasor... —el gobernador de Centrópolis clavó sus ojos en ellos, grave la expresión—. ¿Están totalmente seguros, caballeros?
—Del todo —afirmó el doctor Allyson.
—Bueno, todo apunta en esa dirección, aunque uno se resista a admitirlo... —contemporizó, menos firme, el capitán Kramer.
—Hasta ahora se fantaseó siempre mucho sobre esa cuestión —señaló con frialdad el gobernador—. Enfrentarse súbitamente a la posibilidad seria de que haya llegado a ser una realidad, implica responsabilidad, riesgos. Y, sobre todo, estar seguro de que uno no va a quedar en ridículo ante todo el mundo.
—El riesgo del ridículo es insignificante, al lado del riesgo de permitir que «algo» siga adelante con su tarea destructora. Estamos intentando identificar la materia hallada, y también sus reacciones químicas y biológicas, para procurar descubrir «qué» es exactamente «eso» y cómo reaccionará a un posible ataque para aniquilarlo. Pero la investigación acaba de empezar. Y no sabemos cuándo terminará, ni siquiera si tendrá éxito.
Por lo tanto, señor, debemos actuar «ya», sin esperar a más.
—Y..., ¿cómo sugeriría usted, doctor Allyson, que actuásemos nosotros, sin conocer siquiera la naturaleza de esa «cosa» o lo que ello sea..., y sin haber visto siquiera la prueba palpable o, cuanto menos visible, de su real existencia sobre la superficie de nuestro planeta? —había cierta ironía en el tono de la primera autoridad de Centrópolis.
Clark Allyson pareció disgustado por el tono un poco burlón y agresivo del gobernador. Y sin miedo alguno a la jerarquía, replicó, incisivo, tajante:

—He hablado como investigador y como hombre, habitante de este planeta, gobernador. Es posible que esto resulte un vulgar incidente aislado, localizado, y que la materia o criatura de fuera de nuestro mundo, perezca ahí, donde cayó, por falta de medios de desarrollo y supervivencia. Pero si no fuese así..., ¿qué sucedería, adoptando una actitud conformista y expectante, sin dar crédito a la voz de alarma de la Ciencia..., y también del sentido común?
El gobernador le contempló, preocupado. Pareció que iba a replicarle, pero reflexionó, inclinó la cabeza, estudiando los datos computados que Allyson le ofreciera, y terminó por afirmar, rotundo:
—Bien, caballeros, a titulo simplemente preventivo, voy a avisar directamente a las Naciones Unidas, al Control de Seguridad Internacional..., y al presidente de la nación. Pueden retirarse. Les llamaré en cuanto sepa algo. No se alejen mucho. Es la hora del almuerzo. Si acaso, bajen a tomarlo al restaurante del centro de Gobierno, y esperen en la sala de lectura o en el bar anexo. Allí serán requeridos para volver a mi presencia, y decidir las medidas de emergencia a adoptar inmediatamente. Buenos días, caballeros.
Salieron el médico y el policía. Cerrose suavemente la puerta electrónica del despacho del gobernador. Dos miembros de la policía militar, con casco blanco y correaje amarillo, montaban guardia, armados, a la puerta del despacho del importante personaje político, rector de la vida de Centrópolis. Pasaron junto a ellos, alejándose hacia uno de los ascensores vertiginosos que descendían hacia las plantas inferiores del Centro de Gobierno.
Ambos se miraron, pensativos, al llegar al restaurante funcional y aséptico de la planta baja. Se aproximaron, eligiendo los platos a consumir. Al sentarse en una mesa, el primero en hablar fue el capitán Kramer:
—¿Cree que la ONU, la Seguridad Internacional y el presidente, tomarán en serio todo esto, doctor?
—Están moralmente obligados a ello, capitán —dijo pensativo Allyson—. Esperemos. Y quizá dentro de un par de horas

tengamos la respuesta. Que puede ser el único medio de evitar un desastre..., o ser el principio del desastre mismo.
—Dios les ilumine —resopló Kramer, iniciando su comida con escaso apetito. Miró al exterior, a la inmensa urbe ultramoderna que, en la pasada década, supliera la capital de la nación, dejando atrás la burocracia washingtoniana y el colosalismo de Nueva York, para convertirse en la suma de todo ello, a nivel gigantesco. Sacudió la cabeza, comentando en voz baja—: Pensar que solamente un pequeño cuerpo extraterrestre..., pudiera cambiar todo esto y aniquilarlo... No, doctor. Eso no me cabe en la cabeza. Parece cosa de locos, o de una fantasía demencial...
—Sin embargo, dos seres humanos han muerto extrañamente. Muchos animales también. Un rastro fétido ha quedado detrás de aquello que aniquiló a personas y animales. Y un reguero baboso envolvía a las víctimas, como si se hubieran rozado con una babosa. Eso indica la presencia de algo. Algo que debe ser destruido lo antes posible, sea lo que sea.
—Supongo que todo el poder de nuestro país, de las Naciones Unidas, de las asociaciones internacionales..., será demasiado para una cosa así. Como..., como destruir mosquitos a cañonazos, ¿no, doctor Allyson?
Clark Allyson le contempló gravemente en silencio, se encogió de hombros. Su voz sonó grave, profunda: —Ojalá fuese así, capitán..., pero mucho me temo que peque usted de excesivo optimismo...
—¿Qué quiere decir? —se inquietó Kramer.
—Justamente lo que he dicho. Que ojalá esté usted en lo cierto..., y todo eso, movilizado, sea «suficiente» para acabar con la amenaza. Aunque mucho me temo..., que no.

* * *

—¿Qué quieres decir con eso, Clark?
—Justamente eso, Beverly. El capitán Kramer me hizo la misma pregunta que tú. Yo le di idéntica respuesta. No sé lo que va a suceder. No sé con qué nos estamos enfrentando.

Pero sea ello lo que sea, es posible que pueda vencer a todo lo que nosotros podamos llevar a cabo para dominarlo, Beverly.
—¿Tan poderoso puede ser... un simple meteoro?
—Ese meteoro puede ser una enfermedad, un virus..., o algo vivo.
—¿Vivo? —pestañeó ella—. ¿Un ser inteligente?
—No dije tanto, pero..., ¿por qué no?
—Sí, claro —suspiró Beverly Lane—. ¿Por qué no? He leído muchas cosas así en la ciencia-ficción. E incluso más disparatadas aún. Desde los marcianos pintorescos de Wells hasta los...
—No, Beverly —la interrumpió él—. No es eso. No hablamos de ficciones, sino de... realidades. Crudas e ingratas realidades, Beverly. Ignoramos si hay una sola «cosa»..., o varias. O muchas. Puede ser..., una invasión en toda regla.
—La famosa invasión de los extraterrestres —ella rió, pero su breve risa era más histérica que espontánea—. ¡Dios mío, resultaría cómico..., si no fuese tan trágico, Clark!
El joven médico e investigador asintió, grave su expresión. Se puso en pie. Dio unos pasos en torno a la mesa de trabajo de la doctora Lane, en el Centro de Investigación. Miró al exterior, a las luces que brillaban sobre la zona. Eran toda clase de naves aéreas desde helicópteros a discos voladores de planeamiento, proyectando focos de luz por doquier, e intentando detectar radiaciones de algún tipo. Por el momento, todo parecía estabilizado. Ni una novedad, ni una noticia. Lo que fuese aquello que había tocado la Tierra, para contaminarla en sus seres vivientes, no daba señales de vida en absoluto.
—Imagino lo que estarán pensando ahora casi todos, allá afuera —habló entre dientes el joven Allyson, con disgusto—. Empiezan a dudar. No creen en mí ni en mis temores. Imaginan que veo visiones, que invento cosas, que dejo volar mi fantasía... Y no es cierto, Beverly. ¡No es cierto! Sé que hay algo, sé que hay alguna cosa que acabó con esas personas, con esos animales...
—Dijiste que todos aprobaron tu idea. Las Naciones Unidas, el presidente, la seguridad Internacional...

—Oh, claro. Todos se mostraron preocupados por los informes, pero poca cosa más. Han puesto en marcha un mecanismo defensivo y de vigilancia, han dispuesto una serie de medidas, pero creo adivinar su escepticismo, sus dudas. Si encuentran pronto alguna cosa, se dirán que todo estuvo bien, que tuve razón. Si no..., abandonarán lo iniciado. Y si esa «cosa», virus o lo que sea, sabe lo que es la paciencia y la tiene, podrá aguardar al momento oportuno para descargar nuevos golpes.
—No estás muy optimista, Clark.
—No, no lo estoy, Beverly, y lo siento. No podría sentirme con ningún optimismo, sabiendo que mis ideas no se confirman. Todo esto puede ser demasiado serio para darlo de lado. Ha empezado con una muerte simple, casi insignificante para todo el mundo..., menos para los padres de aquella pobre niña. ¿Cómo puede terminar? Eso, Beverly, nadie lo sabe...
—Imagino que no terminará con el fin del mundo, ¿no es cierto? —sonrió la doctora Lane, sin desviar de él su profunda mirada, color verde mar.
—No, imagino que no será tanto..., pero me da miedo.
Mucho miedo, la verdad. Y no sólo por mí, por ti, por aquellos a quienes conozco, sino..., por más. Por mucho más. Por todos nosotros. Por nuestra tranquilidad, nuestra paz, nuestro futuro. Todo lo que desconozcamos, todo lo que pueda destruir..., es un peligro para todos. Ahora que se olvidaron las guerras, ahora que la convivencia entre los pueblos es una realidad..., resultaría terrible que otras cosas vinieran a complicar nuestra existencia...
—No me gustaría que mi existencia se complicase ahora, Clark —comentó ella, con un profundo suspiro—. No en vísperas de mi boda...
—Oh, sí, tu boda... —Clark Allyson se detuvo, se inclinó hacia ella, señalándola, enfático—. La futura señora del mayor Stephen Tracy, de, Seguridad Nacional Militar. Nada más y nada menos que eso... Me olvidaba de tan importante y trascendental detalle, doctora Lane.
—Bromas aparte, Clark. Para mí, sí es importante y trascendental. Stephen llega mañana a Centrópolis. Tiene que

ver al presidente, ser condecorado en público por una acción especial, y luego dispondrá de todo un hermoso permiso de un mes, para casarse conmigo y poder disfrutar de nuestra luna de miel. ¿Te parece poco, Clark Allyson?
—Me parece mucho, aunque personalmente no entienda por qué una chica tan bonita como tú eligió a un pedante como el mayor Tracy como novio...
—¡Clark!
—Perdona, perdona —sonrió Allyson, de buen humor, extendiendo sus manos—. No quise molestar a tu futuro esposo. Sólo que no me resulta demasiado simpático.
—Es curioso. Tampoco tú se lo resultas a él. Empate, ¿no, doctor Allyson? —dijo con ironía ella.
—Evidentemente —Clark frunció el ceño y se encogió de hombros—. Bueno, de cualquier manera que se mire, es ridículo tratar de discutir contigo ciertos asuntos, cuando tienes tu mente ocupada con otros problemas de índole sentimental. De modo que olvida cuanto te dije, olvida la sustancia que cayó del cielo, y piensa en tu inminente luna de miel con el muy digno y honorable mayor Stephen Tracy. Mis respetos para ambos, doctora Lane.
Y con una ceremoniosa inclinación burlona, Clark Allyson abandonó el despacho de la doctora, mientras ella le miraba furiosa.
Se detuvo Clark a su paso por el teletipo del departamento de investigación. Echó una ojeada al último mensaje de urgencia recibido:

> «Ausencia de radiaciones en la zona. Ningún resultado positivo. Ningún cuerpo extraño localizado.»

—Y sigue todo lo mismo... —masculló entre dientes, arrugando el ceño—. Sin embargo, en alguna parte tiene que estar lo que ello sea... ¡No puede andar lejos...!

* * *

No. No andaba lejos. Cuando el doctor Allyson salió a la calle, con paso enérgico y larga zancada, ignoraba que la «cosa» llegada del espacio, se encontraba ahora muy cerca de él y de los demás peatones y vehículos con los que se cruzaba.
El «extraño» había llegado a la ciudad.

## CAPÍTULO VI
## LO CUENTA «UKK» (III)

Ya he llegada. Ya estay en la que ellas llaman «ciudad».
No me gusta. Es gris, fea, pesada. Edificios muy altos, muchas personas, muchos vehículos... Todo el mundo tiene prisa aquí. Se mueven rápidos. No sé lo que hacen ni adónde van. Trataré de entenderles. Crea que lo lograré en cuanta logre mutarme en uno de esos seres despreciables y torpes que me rodean. Entonces me será dado leer en sus cerebros tan limitados, tan débiles y opacos. Su memoria, sus recuerdos, pasarán a mí. Quizá así entienda algo. O no entienda nada. Mi mente es muy superior a la de ellas. Mi entendimiento supera el de un millar de esas desdichados que deambulan entorna mío y ni siquiera me miran. Ni me ven. Ni me sospechan. Ni intuyen lo que yo sea...
Va a ser fácil hacerlo. Muy fácil.
No sé como empezar. Ya se me ocurrirá algo, claro está. Observo que todos llevan sobre si, igual que aquella gente a quien utilicé como alimento junto al río, en las zonas de vegetación de este planeta, prendas de tejidos diversos, de colorido variado. Ropas, creo que son. Sí, eso leo en algunos de sus cerebros. Ropas... No sé para qué les sirve. Podrían ir desnudos igualmente, como voy yo. Nada les ocurriría con ello. Seguro que nada. Pero son estúpidos. Y absurdos.
Algunos llevan otra clase de ropas. Ya veo: son iguales entre si. Uniformes. Eso es: uniformes. Son policías, militares... Como los que rastrearon la zona en busca mío... sin encontrar me. Es cómico. ¿Y esa gentecilla espera hacer algo contra mí? Podría

aniquilarles, si lo deseara realmente. Pero dan lástima. Los desprecio. No. no me bastaría con destruirles a todos ahora, y luego evadirme, burlándome de todos. Sería como un juego sin importancia. No. He de hacer algo más. Mucho más. Infinitamente más importante. Algo que les haga ver lo insignificantes que son. Y que les haga comprender mi grandeza, mi poder. Que les lleve a temerme, a respetarme... a odiarme. ¿Por qué no? Oh, es grato saberse odiado, es tan hermoso sentir la complaciente emoción de hacer sufrir a los demás, de ver retorcerse a otras criaturas, impotentes ante mi... Será como embriagarse en el mayor de los goces posibles.
Hay edificios más grandes y altos que otros. Ya los veo. Un hospital... ¿Qué será eso de «hospital»? Oh, entiendo... Curan allí sus heridas y enfermedades. Incluso tienen enfermedades y sufren heridas. Como los infraseres de otros mundos que recorrí anteriormente... Lamentable. Qué débiles, miserables y desdichados son. Me dan asco. Me irritan.
Aquel otro edificio altísimo... Torre de la Ciencia... y la otra... Torre de Comunicaciones Internacionales y Espaciales. Aquel edificio Centro del Gobierno. Y aquel bloque lejano, tan blanco Puedo ver a distancia. Eso es... Sí, ya veo: se llama La Nueva Casa Blanca. Sede del Gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica... Más allá hay otro edificio rosado... Es... es la Sede de los delegados de la Federación de Naciones. Y otra torre de vidrio, que parece brillar como espejos a la luz de su sol. .. Las Naciones Unidas... ¡Cuánto edificio ridículo y sin sentido!
Todo esto puedo vencerlo yo. Yo solo. Una criatura única. Yo, contra todos. Contra todo lo instituido y establecido. ¡Pobres humanos! ¡Qué triste destino les aguarda, mientras yo permanezca aquí! Y los muy necios no sólo no lo saben, sino que ni siquiera lo sospechan...
Sigo preguntándome cómo empezar. Y por dónde... Debe ser escalonadamente. Causando un paulatino pánico, que llegue a ser terror loco y ciego... Que les arrastre a la histeria colectiva, al caos, a despedazarse entre sí. ¡Cómo gozaré entonces, qué placer sin límites para mi sensibilidad...!

Sí, poco a poco. Pausadamente. Paso a paso. Empezaré por el principio. Por algo casi insignificante. Para seguir adelante, siempre adelante..., ¡hasta el fin!
Y ese fin será el máximo deleite, mi mayor goce, mi suprema satisfacción... Creo que seré más feliz de lo que jamás pude serlo. He llegado al lugar ideal, al planeta supremo para mi placer... ¡Yo, Ukk, voy a dominar y a hacer pedazos todo un planeta, como si fuese un juego, una diversión, un placer! ¡Vaya jugar con este mundo entero, como la niña aquella jugaba con su muñeca, cuando la convertí en mi alimento...!
Y empezaré por allí... Sí, ese edificio blanco, lleno de enfermos, de heridos, de gente vestida de plástico blanco... Les llaman médicos, enfermeras... Empezaré por ahí. Primero un paciente, un enfermo. Luego..., un médico o una enfermera. Después..., ¿quién sabe? Ya veré. Ya elegiré en quién penetrar, en qué cuerpo y mente poseer, dominándolo y haciéndolo instrumento de mis propósitos...
Pero sí. Ese es el principio. El Centro Hospitalario, Gran Hospital de Centrópolis, como dice en su lenguaje, en esas letras luminosas, sobre su entrada...
Ya entro. Ya he entrado...
Nadie me ha visto. Nadie me ha percibido. No pueden hacerlo. No emito radiaciones, no pueden detectarme. No pueden verme. Y los que me ven..., no sospechan que yo sea alguien ajeno a su mundo. Mi aspecto verdadero es... tan desconcertante para ellos..., que tuve que adaptarme a sus costumbres, a lo que cotidianamente ven. Si me vieran como soy..., ¡qué divertido será que eso ocurra a su debido tiempo!
Hasta ahora, sólo unos pocos fueron capaces de conocerme en mi exacta forma y dimensión... Y todos están muertos. La niña, el viejo científico, el conejo, los peces...
También ese desdichado imbécil que me encontré, ya junto a los suburbios de la ciudad y a quien tuve que eliminar... aunque no sentía apetito ni deseaba deshacerme de nadie más. De cualquier modo, esos no cuentan.
Lo verdaderamente terrible para ellos, empieza ahora. Y ya estoy dispuesto, aquí dentro, en este hospital, entre estos

blancos muros, entre este olor a desinfectantes. Entre médicos, enfermeros, pacientes...
Esa misma puerta será válida. Entraré ahí... ¿Qué número ostenta en la madera? Si, ya entiendo, Una de sus cifras estúpidas... Es la habitación número 317... Eso es: la trescientos diecisiete...

## CAPÍTULO VII

—Doctor, es el paciente de la trescientos diecisiete...
—¿Kenton? —el cirujano se irguió, sobresaltado—. ¿Qué le ocurre a Kenton, enfermera?
—No sé... Algo raro. Muy raro...
—¿A qué llama usted «muy raro»? —se impacientó el doctor Lee Bushman.
—A su reacción última, doctor...
—Ese hombre está desahuciado por la Ciencia, enfermera, y usted lo sabe. No caben ya muchas reacciones, en semejantes circunstancias... ¿Entró en coma definitivamente, tal vez?
—Eso es lo que yo califico de raro, doctor Bushman. Es que el paciente de la habitación 317... Bueno, él, parece repentinamente mejor.
—¿Mejor? ¿Quiere decir que ha acusado alguna leve mejoría? Será precursora del fin...
—No, doctor... Es una mejoría radical. Desapareció totalmente la fiebre. Se ha sentado en el lecho, me ha mirado fijamente..., ¡y de pronto se ha puesto a reír estrepitosamente!
—¿Reír? —se escandalizó el doctor—. ¿Un moribundo con las horas contadas, que no salió de la inconsciencia en toda una semana? Enfermera, si sufre usted alucinaciones o padece histerismo, vaya al botiquín, y que le administren…
—No, doctor. No tengo que ir a ninguna parte —se mostró ella altiva—. Tan extrañado como pueda sentirse usted, estoy yo de asombrada. Pero eso es lo que sucedió, ni más ni menos.
—¡Imposible! Sería... sería un absurdo, un completo disparate...
—Bien, pues es un disparate. Pero ha ocurrido. ¿Quiere

comprobarlo por sí mismo, o se va a pasar el día discutiendo conmigo?
—No, claro que no. Vamos allá... —se decidió bruscamente, avanzando hacia la puerta de su despacho, junto a la enfermera—. Y veremos qué diablos sucede...
Al abrir la puerta y salir al corredor, se tropezó con una enfermera que acudía hacia su despacho. Ella se detuvo al verle. Le informó:
—Doctor Bushman, su amigo, el doctor Allyson, está subiendo ahora, para verle, con motivo de un programa de profilaxis clínica de emergencia en toda la ciudad, y...
—Oh, Clark Allyson —frunció el ceño, vacilante—. Dígale que me espere. He de visitar a un paciente cuyas reacciones parecen anómalas. Estaré de vuelta en seguida. Puede hacerle pasar a mi despacho. En cuanto acabe con el incidente de la trescientos diecisiete, estaré de vuelta. Dígaselo así.
—Bien, doctor Bushman. Así se lo diré.
El cirujano se alejó presuroso, junto a la enfermera de servicio. La otra dio media vuelta, dirigiéndose a los turbo-elevadores del hospital, silenciosos y rápidos, esperando a que el visitante saliera de uno de ellos.

* * *

Kenton clavó sus ojos burlones en el aturdido médico.
—¿Qué le sorprende, doctor? —indagó.
—Que el infierno me lleve... —jadeó Bushman—.
Usted no puede estar ahí sentado, hablando como lo hace, mirándome tan tranquilo, sin asomo de fiebre, sin huella de su terrible mal, de su... de su estado actual...
—¿Mi estado? —señaló a la enfermera, riendo—. Ella dijo que estoy muriéndome o poco menos. Usted ya ve que no es así. Quiero irme a casa, doctor.
—¿A casa? —aulló Bushman, lívido—. ¿A casa..., un paciente recién operado..., de tumor incurable...? Cielos, no puedo estar en mis cabales. Esto no tiene sentido, Kenton.
—Suenan ridículas sus palabras, doctor. Está ocurriendo, ¿no?

Eso es lo que debería de contar para usted.
—Sí, claro. Y es lo que cuenta, pero no entiendo...
—Su sorpresa y desconcierto me divierten, doctor. Soy un tipo fuerte, es todo.
—Es algo más que eso. Es un milagro clínico y humano. No tiene explicación.
—Déjeme ir de una vez, y piense lo que quiera, doctor.
Estoy perfectamente sano —se tiró fuera del lecho antes de que el cirujano pudiera impedirlo, e incluso bailoteó, riendo sarcásticamente, ante el horror de la enfermera y del médico, cosa que parecía aumentar su gozo e hilaridad—. ¿Lo ve, O necesita otra prueba?
—Cielos... —gimió Bushman, atónito—. Hace sólo una hora era un cadáver con un soplo levísimo de vida... Y ahora...
—¿Me va a dar el alta definitiva, o tendré que bailar por ahí afuera, para que vean mi estado y se convenzan todos?
—No, no, espere. Previamente, le examinaré, haré un informe especial a la Dirección... —Bushman se enjugó el sudor—. Luego, podrá salir de aquí... Enfermera, vaya a ver a mi amigo Allyson, al despacho. Dígale que venga... Se lo ruego...
—Sí, doctor, claro que si —afirmó ella, decidida, ávida de salir de allí cuanto antes.
El médico se quedó a solas con su paciente. Le señaló el lecho, enérgico.
—Acuéstese, Kenton —pidió—. Le voy a examinar, y extenderé un informe. Deben verle todos los compañeros y el director, antes de autorizarle a salir. Es demasiado asombroso para que se ignore lo sucedido con usted..., por mucho que pueda atribuírsele a un milagro ajeno por completo a la Ciencia...
—No, doctor —negó Kenton con energía, sacudiendo la cabeza. Rió luego, burlón—. No voy a obedecerle. No voy a acostarme. No haré lo que usted quiere, sino lo que quiera yo.
—¿Se ha vuelto loco, acaso, al recuperar la salud? —jadeó Bushman—. ¡Acuéstese!
—No lo haré. No obedeceré una sola orden suya —rió, avanzando hacia su médico—. Es más, doctor... Voy a hacer algo que a usted no le gustaría saber. Voy a «destruirle» ahora

mismo. Y voy a convertirme… ¡en el doctor Bushman...!
—¿Qué? ¿Qué significa...? —le contempló, aturdido, sin entender en absoluto.
Luego, súbitamente, sonó un grito ronco, largo. Un terrible alarido.
Era la voz del doctor Bushman, cuajada de horror, de angustia, de desesperación...
Después, tras la puerta 317 del hospital, se hizo el silencio.

* * *

—¡Ha sido ahí, doctor Allyson! —gritó otro médico, forcejeando con la entrada—. ¡En la habitación trescientos diecisiete!
—Dios mío, tal vez Kenton enloqueció... —gimió la enfermera que escoltaba a Clark Allyson—. No estaba normal cuando le vimos, estoy segura...
Allyson no dijo nada. Cargó contra la puerta de la habitación. Al segundo intento, arrancó la cerradura de cuajo, penetrando violentamente en la estancia, seguido de otros médicos y enfermeras del Centro. Se enfrentó a la escena interior, alarmado e inquieto. Respiró hondo.
—Bushman ... —musitó—. ¿Qué ocurrió aquí?
Lee Bushman, médico cirujano y amigo suyo, avanzó hacia él. Oprimió con fuerza su brazo. Señaló el lecho. Tenía gesto trémulo, expresión asustada.
—Ese hombre, Clark... —jadeó—. Mira... Es horrible... Se acercó Allyson a la cama. Se quedó quieto, petrificado. Su cuerpo se envaró, con súbita rigidez.
—Cielos... —dijo—. Otra víctima de él.
—¿El? —indagó sorprendido, con curiosidad, el doctor Bushman—. ¿Quién es «él»?
—El ser o la cosa que llegó de otro mundo —explicó secamente Allyson. Y se inclinó sobre el cuerpo hediondo, putrefacto, cubierto de una película viscosa de baba blancuzca, que había sido antes Kenton, el paciente.
No pudo ver Allyson la expresión de sorpresa en el colega y amigo, situado tras él. Los ojos de Bushman, pensativos,

brillantes, se clavaron en su nuca, con extraña expresión indefinible. Pero no dijo nada. Ni nada comentó.

Su enfermera fue la que avanzó, decidida, con un escalofrío de horror ante la escena del lecho. La voz de ella tembló al preguntar:

—¿Qué... qué ha sucedido, exactamente?

—El paciente, enfermera... Está muerto.

—¿Muerto? Algo más que eso. Parece corrupto —dijo ella—. ¡Y sólo hace un minuto estaba completamente normal, lleno de salud, de vitalidad...!

—¿Es eso cierto? —indagó Allyson, volviéndose a ellos.

—Completamente —afirmó Bushman.

—A pesar de que estaba clínicamente desahuciado, agonizante... revivió de pronto. Esa es la palabra: revivió —insistió la enfermera—. Me dio un susto horrible. Reía, cantaba, bailaba.... ¡y había estado en coma momentos antes! El doctor no lo creía. Pero hubo de rendirse a la evidencia. ¿Cierto, doctor Bushman?

—Cierto —admitió éste, de mala gana—. No tiene sentido. Parecía sano como tú o como yo, Clark...

—Un momento, Lee. ¿Qué ocurrió, tras salir la enfermera de aquí?

—Ni yo podría decirlo. De súbito empezó a desvariar.

Cayó en el lecho. Me acerqué, preocupado. Le vi retorcerse, secarse en apariencia, como calcinado de repente... Le cubrió esa baba, empezó a oler mal..., y creo que grité, horrorizado. Es todo, Clark. Es todo lo que vi...

Allyson no dijo nada. Fue al teléfono. Lo alzó. Hizo una llamada. Le escucharon Bushman y la enfermera. Su voz no tembló un solo momento:

—Central, con el Cuartel General de la Policía Militar. Es urgente. Sí, pidan línea preferente especial. Aquí Clark Allyson, de Investigación Científica... —esperó. Luego, alguien se puso al otro extremo del hilo. Clark informó, rápido—: Abandonen vigilancia en la zona señalada. Tenemos el peligro en la ciudad. Sí, ello, lo que sea, ha entrado en Centrópolis. Ya hay una víctima..., en el hospital. Bloqueen todo el centro urbano. Den la

señal de emergencia a todos los sectores.
Colgó, mirando pensativo a Bushman. Este aventuró una tímida pregunta:
—¿Qué sucede exactamente, Clark?
—No lo sé, Lee —replicó su colega—. Algo terrible que aún no entendemos. Pero sea lo que sea..., lo tenemos ya aquí.
Y con una brusca sacudida de cabeza, salió de la estancia, perdiéndose corredor adelante: sin esperar a que Bushman le acompañara. Los ojos de éste, fríos y astutos, siguieron con extraña expresión al joven médico.

* * *

—Eso no demorará nuestra boda, Beverly —declaró con energía el mayor Stephen Tracy, de Seguridad Militar—. Vamos a salir en aeroturbo, en dirección a Florida, donde mi familia nos espera a ambos. Todo está ultimado. La boda será mañana. De modo que hoy mismo saldremos.
—Pero Stephen, tal vez dadas las circunstancia...
—¿Qué circunstancias? —se encogió de hombros Tracy, irritado—. Escucha, preciosa: tu amigo y colega, el doctor Allyson, es un visionario. Tiene demasiada imaginación. Y eso se ha comentado incluso en la Nueva Casa Blanca, ¿sabes? Nadie cree en su fantástica historia de un marciano aterrador.
—El no ha dicho nunca que sea un marciano, Stephen.
—Bueno, un venusiano o un jupiteriano, ¿qué más da? Es una historia para niños. Está haciendo un mundo de un grano de arena. Ocurre que hay una nueva enfermedad, una peste, plaga o lo que quieras llamarle, y ocurre que ofrece síntomas diferentes a todo otro mal. De ese hecho, él ha creado e inventado toda una fantasía delirante: Ni tú ni yo vamos a hacer nada especial por cortar la epidemia. Salubridad está actuando enérgicamente ya. Y es posible que las Naciones Unidas avise a Clark Allyson para recomendarle prudencia y buen juicio, sin dramatizar las cosas de ese modo.
—¿Eso es lo que piensa la gente de las teorías de Clark Allyson? —preguntó con cie.rta amargura en su tono Beverly

Lane.
—Sí. Crudamente explicado, eso es lo que piensan.
Tu camarada no goza de excesivo prestigio ni credulidad en las altas esferas, te lo garantizo. Personalmente, nada tengo contra él. Es más, me gustaría que, cuando menos, nadie se burlara de él cuando se descubra la verdadera naturaleza de esa plaga. Pero me temo que será inevitable. De modo que olvida todas esas zarandajas, Beverly querida, y piensa en nosotros dos. Debo presentarme ante el presidente, dentro de pocas horas, para recibir personalmente la condecoración que me otorga por mis servicios. Luego, ya con el permiso en el bolsillo, partiremos juntos hacia Florida, tú y yo, y aquí, en Centrópolis, se quedará Clark Allyson, con sus problemas y sus fantasías. Que, por fortuna, nada tienen que ver con ningún peligro llegado del espacio. Ni mucho menos...
—Aun así, si fuese una epidemia..., somos personas necesarias: una doctora, un soldado, Stephen, ¿no sería mejor aplazar nuestra .boda y...?
—No. Rotundamente, no. Estate preparada. Nos vamos hoy, cariño.
—Está bien —suspiró ella. Sonrió a su prometido—. Como digas, Stephen, querido...
Se besaron. El se ausentó. Beverly, una vez sola, movió la cabeza, pensativa.
—Pobre Clark... —musitó—. Pobre amigo mío...

* * *

El doctor Lee Bushman miró sin pestañear al capitán Kramer, de la policía. Un agente cerró la puerta. Los dos hombres se quedaron solos en el despacho del oficial de policía de Centrópolis.
—¿Y bien, capitán? —preguntó suavemente Bushman, sentándose de modo tranquilo frente al oficial—. Espero sus preguntas. Me dijeron que quería interrogarme respecto a mi paciente fallecido, Josh Kenton.
—Cierto, doctor Bushman. Tengo aquí los datos clínicos de

Kenton. Fue operado de tumor maligno, ¿no es cierto?
—Cierto. No de cáncer, exactamente, puesto que es una enfermedad ya superada y vencida por nuestra medicina, a finales de siglo. Ahora se trata de tumores diferentes, usted ya conoce las actuales dolencias por contaminaciones, fibras artificiales, formas de vida y alimentación...
—Sé todo eso perfectamente, doctor. Pero el hecho concreto es que, según el historial y ficha de su paciente..., éste estaba virtualmente muerto.
—En coma, para ser exactos. No había vuelto en sí, tras la intervención. Su fiebre era altísima. Su presión sanguínea, cercana a cero.
—Y, de repente, según informe de la enfermera Smitty..., sanó totalmente.
—Totalmente, sí —aceptó Bushman, pensativo.
—Incluso..., ¡incluso bailó y reía a carcajadas!
—Eso es.
—Y pidió... salir del hospital por su propio pie.
—Sí, capitán.
—Eso, doctor, ¿qué explicación médica tiene?
—Ninguna.
—¿Quiere decir que «no podía» reaccionar así, en modo alguno?
—Pues..., sí. Eso quiero decir.
—Pero reaccionó.
—Exacto, ya le dije que sí. Los informes que posee son correctos, capitán.
—Luego, de repente..., agoniza ante usted. Se extingue, se corrompe..., y muere.
—Eso es —bajó la cabeza, respirando fuerte—. Lamentable...
—Y, supongo, que también inexplicable.
—Sí. Era lógico esperar su muerte. Pero tras ese estallido de euforia...
—Doctor Bushman, ¿cree usted que, mientras su paciente Kenton mostró esa euforia..., era realmente él mismo?
—¿Qué quiere decir con eso? —enarcó las cejas Bushman, sorprendido.

—Que me parece imposible que todo eso suceda en un mismo paciente. Y menos, no habiendo explicación clínica plausible. Por eso podríamos imaginar que forma parte de una nueva forma de enfermedad mortal..., si su muerte fue a causa de una enfermedad. ¿Lo fue, doctor?
—Bueno, yo no puedo saberlo...
—Es médico, ¿no? Tiene que saber algo, cuando menos.
—Pero no lo sé. Si es una dolencia..., es completamente nueva para mí.
—Y, por tanto, para todos. Por ello no quiero creer que sea una enfermedad, doctor.
—¿Qué, entonces?
—Pues..., algo fuera de lo normal. Algo que quisiera explicarme. Usted, doctor, puede ser quien me oriente. Porque yo.... yo, doctor, soy policía. Como policía, estoy obligado a pensar, a deducir, a sacar conclusiones. Y he sacado una concreta.
—¿Sí? ¿Cuál? —sonrió Bushman, casi desafiante.
—Esta, doctor Bushman: hay alguna cosa suelta, que provoca todo eso. No sé lo que ello sea, pero usted podría saberlo, puesto que, por ahora, es «el único» testigo de la muerte de un hombre, afectado por esa forma de fallecimiento súbito, que corrompe sus tejidos en unos instantes. Por tanto, tuvo que ver o sentir algo. Haga memoria. ¿Qué sucedió en esa habitación, doctor Bushman?
—Cuanto sucedió, lo he referido ya, capitán. No puedo añadir más. Por la sencilla razón de que no hubo más.
—¿Está seguro?
—Completamente.
—Bien... —Kramer le estudió pensativo, silencioso.
De repente, se inclinó hacia el cirujano.
—Doctor, creo que me oculta usted algo.
—¿Yo? —se asombró Bushman—. ¿Por qué imagina tal cosa?
—Escuche esto: las víctimas humanas anteriores, sin excepción, murieron con un gesto de infinito horror en sus rostros. Y en todos los casos, hubo una señal dejada por el causante de esas muertes: una huella como de ventosa,

violácea, ovalada... En el caso de su paciente Kenton, éste murió apaciblemente, como si no hubiera sentido terror alguno. En cambio, su grito sí reveló terror auténtico, a juicio de todos. Doctor, ¿por qué está tratando de esconderme algo, de no revelar lo que realmente sucedió allí?

—Es... es usted muy listo, capitán —dijo apaciblemente Bushman.

—Es mi trabajo: tratar de ser listo. Eso, supongo, es admitir que sabe algo más...

—Sí. Sé algo más —se puso en pie lentamente el doctor Bushman—. Sé mucho más, capitán. Sé cómo y por qué murió de ese modo Kenton, ante mis ojos.

—Vaya, eso está mejor —suspiró Kramer, pensativo.

Sus ojos brillaron—. Adelante, doctor Bushman. Le escucho.

—No va a creerme, a menos que se lo demuestre palpablemente, capitán...

—Intentaré creerle. Pero si puede demostrarlo, tanto mejor...

—Puedo. Ya lo creo que puedo... Escuche, capitán Kramer... Vea cómo sucedió todo...

Un alarido espantoso brotó del despacho. Fue un clamor de angustia, de agonía, de pánico ilimitado. Acaso de infinito e inexplicable dolor.

Los agentes de policía, armados, corrieron al despacho de su jefe, entraron en él con violencia... , para detenerse atónitos, aliviados.

—Muchachos, no se apresuren —suspiró, pálido aún, el capitán Kramer, señaló el asiento, ante sí, con gesto de horror—. Vean eso ... Acaba de morir ante mis ojos...

Los aterrorizados policías, descubrieron, acomodado en el asiento, frente al oficial de su Departamento, la espantosa presencia de un cadáver reseco, encogido, blanco, retorcido, repugnante, del que brotaba un hedor nauseabundo a podrido...

A pesar de todo, reconocieron al muerto.

Era el doctor Lee Bushman, cirujano del Centro Hospitalario de Centrópolis.

## CAPÍTULO VIII

—Después del paciente Kenton..., el doctor Buspman.

Un amigo... —Clark Allyson contempló fijamente al coronel Lomax, del Servicio Militar de Inteligencia de la Nueva Casa Blanca, y sacudió la cabeza. Luego, estudió de soslayo, ceñudo y grave, al capitán Kramer, a Stephen Tracy, mayor de Seguridad Militar, y finalmente a la joven doctora Lane, su compañera y amiga. Y prometida de Tracy, eso tampoco lo olvidaba. Resopló con fuerza, al añadir—; ¿Qué me dicen ustedes ahora? ¿Tengo razón o no?

—Siempre he sabido que tenías razón, Clark —apoyó ella.

—Gracias, Beverly —sonrió a medias Clark—. Estos caballeros, con la única excepción de Kramer, no están tan seguros de ello.

—Verá, Allyson —terció Lomax gravemente, tocándose su canoso y abundante bigote—, se piensa que todo puede ser, simplemente, una enfermedad, un virus, una bacteria, lo que sea. Algo llegado del cielo, sí. Pero no necesariamente... un enemigo que se puede localizar militar o policialmente.

—¡Un virus! —Clark sacudió la cabeza, desdeñoso—. No, no es eso lo que pienso. Un virus no causa terror.

—Bueno, mi terror está justificado —habló Kramer débilmente —. Piensen que aquel hombre estaba ante mi, hablando tranquilamente..., cuando de súbito ocurrió.

—Ocurrió..., ¿qué, capitán? —le interpeló bruscamente Clark, volviéndose a él—. ¿Cómo sucedió todo, exactamente?

—Estábamos charlando. Yo le interrogaba sobre los detalles de lo sucedido..., cuando todo sucedió. Con una rapidez de relámpago. Opino como el coronel Lomax, en cierto modo. Fue igual que quedar fulminado. Desorbitó sus ojos, me miró, empezó a encogerse, gimió algo, su gesto se tornó apacible..., y se quedó convertido en lo que han visto.

—Ya —Clark Allyson inclinó los ojos al suelo—. La misma historia de Bushman, respecto a su paciente.

—Es que no hay más, Clark —protestó Kramer—. Yo también lo dudaba..., hasta que lo vi con mis propios ojos, ante mí. Fue rápido y terrible. Pero estábamos solos los dos. A menos..., a

menos que lo que fuese, «eso» que usted imagina..., sea invisible.
Allyson paseó en silencio por la amplia estancia.
Tracy consultó su reloj impaciente. Miró a Beverly Lane.
—Señores, debo irme pronto —dijo, algo seco—. El presidente me espera. Yo no veo razón para alterar mis planes. Este es un asunto que afecta solamente a los biólogos y científicos. Clark Allyson puede estar interesado en ello como tal, pero...
—Como biólogo que soy, y no como un charlatán cualquiera, mayor Tracy, afirmo que «no es» un virus, una bacteria ni una enfermedad —replicó acremente Clark al prometido de Beverly Lane.
—Está bien, no discutan ahora —cortó ella—. De todos modos, Clark, el testimonio del capitán Kramer puede serte perjudicial... Ten en cuenta que las Naciones Unidas y el propio presidente de la nación, están a punto de tomar su decisión al respecto. Si la teoría de la enfermedad, la dolencia o la epidemia prospera, se limitarán a tomar medidas extremas de salubridad, controlar sanitariamente el país, y todo eso. ¿Podrás probarles a todos ellos, en breve plazo... , que tú, realmente, tienes razón?
—No lo sé —Allyson sacudió la cabeza—. Estoy convencido de que, no es una enfermedad, de que no hay tal epidemia. Pero va a ser difícil convencer a tanta gente. Lomax, ¿qué le dijo el presidente al respecto?
—Lo que su colega acaba de indicarle —suspiró Lomax, pensativo—. El presidente ha celebrado una reunión de emergencia con senadores, congresistas y personal militar y técnico. Nadie cree que, realmente, estemos combatiendo a un enemigo invisible, sino a una forma de virulencia mortal, llegada quizá de otros espacios. Van a enfocar las cosas así, y nada más.
—Entiendo —masculló Clark—. Será un grave error, coronel.
—No puedo hacer nada. Las evidencias que se presentan, son las de una vulgar epidemia, compréndalo. Primero un paciente, ahora su médico... Si esto se confirma, el capitán Kramer será sometido a cuarentena..., y todos los que hemos tenido contacto con él, también.

—Cielos... —Tracy se estremeció—. Eso impediría nuestro viaje y boda. He de apresurarme, querida. Iré a la Nueva Casa Blanca inmediatamente.
—Espere, mayor —le avisó el coronel—. Antes, el presidente quiere hablar personalmente con el capitán Kramer para recibir sus informes.
—¿Conmigo? —se sorprendió el oficial de policía.
—Sí. Quiere informarse de todo directamente por usted. Estará con una comisión técnica especializada, Kramer. Ellos dictaminarán, de acuerdo con su relato, si existe epidemia o algo menos natural. Le acompañaré a presencia presidencial. Luego irá usted, mayor. Son las órdenes recibidas. Eso no demorará más allá de una hora la entrega de su condecoración y, en consecuencia, su anhelado viaje a Florida para casarse y disfrutar de su luna de miel, amigo mío. Debe resignarse. Las circunstancias mandan. Personalmente, creo que tan grave resultaría una epidemia desconocida, como una amenaza de otro planeta. En el fondo, estamos tan poco preparados para una cosa como para otra.
—Está bien —estalló Clark, con amargura—. Allá ustedes con sus responsabilidades ante el mundo, caballeros. Digan de mi parte al presidente que, si decide combatir esto como un simple mal de tipo clínico, comete el mayor error de toda su vida.
—Me temo que su humor, en estos momentos, no esté como para gastarle tales comentarios al señor presidente —sonrió gravemente Lomax. Puso su mano en un brazo de Kramer, y le invitó—: Vamos, capitán. El presidente le espera.
—Sí, vamos... —y hubo una extraña, remota luz profunda, allá en el fondo de las pupilas del capitán Kramer.
Sin esperar a más, Clark Allyson habíase alejado, con paso rápido, dejando solos a los tres hombres y a la doctora Lane, que fue la única en seguirle con expresión grave, pensativa.
Cuando Kramer y Lomax también se ausentaron, Beverly Lane cambió una mirada reflexiva con su prometido.
—No me gusta esto, Stephen —confesó.
—¿Qué es lo que no te gusta? —masculló él, irritado.
—La forma en que se están llevando las cosas. Si Clark tuviera

razón..., ¿qué iba a ser de todos nosotros?
—No tiene razón, querida. Es un biólogo, un científico, y vive obsesionado con sus propias ideas, pero nada más.
Contempló el helicar elevándose sobre los jardines de los anexos al recinto de las Naciones Unidas, en que se hallaban ellos ahora. En aquel vehículo de gran ligereza y rapidez, se alejaba, en dirección al Centro de Investigación Científica, el joven doctor Allyson.
Beverly Lane también miró hacia el helicar, y movió su pelirroja cabeza con aire preocupado.
—Soy compañera de investigaciones de Clark durante varios años —declaró—. Y nunca le vi equivocarse en algo...
—Pues ésta será la primera vez —sonrió Stephen Tracy—. Siempre hay una primera vez, Beverly. Incluso para el doctor Allyson...

* * *

Clark penetró con expresión furiosa en los laboratorios. A estas horas, el presidente de la nación estaría reunido con el capitán Kramer, de la policía. Era irritante que todos se volvieran contra él. Primero, fue el testimonio del doctor Bushman, rechazando toda posibilidad de intervención ajena en el fin rápido y sorprendente de su paciente en el hospital. Ahora, Kramer... Ambos habían sido testigos de una muerte brusca y asombrosa. Y ambos la atribuían a una posible acción virulenta en el organismo humano.
¿Tendrían ellos razón, después de todo? Clark empezaba a dudar de sus convicciones. Ni Kramer ni Bushman, por cierto, parecían gente reacia a admitir la posibilidad de un peligro desconocido, si éste se presentaba. Había conocido a Bushman durante años enteros, incluso trabajaron juntos en algunas tareas médicas, y creía estar bien enterado de su modo de ser y actuar. Esta vez, Lee Bushman había hablado y actuado de un modo raro. Recordó que le dijo eso mismo a Kramer, y el policía, hombre eficiente y práctico, resolvió hacerle caso, ahondar en las declaraciones ambiguas de

Bushman...

Las consecuencias estaban a la vista. Muerte en idénticas circunstancias de su amigo y colega Bushman. Ante los propios ojos de Kramer. Y ahora parecía ser el capitán Kramer quien, impresionado quizá por lo sucedido, se volvía ambiguo, evasivo, y hasta contrario a su habitual norma de conducta.

—No sé... —mascullló Clark, pasándose una mano por el rostro —. Empiezo a pensar que todos estamos cambiando mucho últimamente. Esto nos altera los nervios, nos hace irritables y variables...

Entró en su cuarto de trabajo. Se sentó, disponiéndose a comunicar con el pabellón de experiencias e investigaciones. No fue preciso.

Separó su mano del visófono que iba a utilizar. Contempló, perplejo, el impreso electrónico situado ante su asiento, sobre la mesa, sellado con el visible y fluorescente tampón de «máxima urgencia».

Lo leyó, perplejo, excitado, temblándole levemente el pulso:

> «Descubiertas sorprendentes propiedades mucosa del elemento desconocido por análisis electrónico.
>
> »Hemos preparado un anticuerpo, y un posible sistema de detección está a punto de ser hallado.
>
> »¡Cuidado y máxima precaución!
>
> »El elemento es algo vivo, que forma parte de una sustancia original biológicamente distinta en todo a cuanto conocemos. Sus células no sólo son variables sino «mutantes» adaptables a cualquier forma, materia o elemento conocido.
>
> »La bio-computadora acusa la naturaleza de ese cuerpo de origen como algo no sólo vivo, sino racional... y sin duda inteligente. Las pruebas de cibernética sobre posible naturaleza clínica, como virus, bacteria o bacilo: resultado negativo.

Era mucho más de lo que había esperado. Rápido, se inclinó sobre el visófono. Pulsó la tecla roja de línea preferente de

máxima emergencia. Marcó en el teclado de cifras el número de la Nueva Casa Blanca, línea directa con el presidente.
Le llegó un irritante y repetido bip—bip—bip—bip, y en la pantalla se reflejó un simple rótulo luminescente:
«Línea ocupada. Presidente no puede atender llamada.»
Cerró el visófono, disgustado. Se puso en pie. Salió con celeridad, tomó un ascensor a la planta inferior del Centro, a los sótanos donde se hallaban las capas de protección termonuclear, que convertían el lugar en una zona de seguridad incluso en posibles conflagraciones mundiales, afortunadamente remotas ya, con la convivencia de décadas enteras entre los pueblos más poderosos de la Tierra, antiguos rivales en fuerza militar, bélica o económica e industrial.
Llegó a los laboratorios especiales de Cibernética biológica. Se encontró con su auxiliar, el doctor Wilburn, ataviado con equipo de seguridad especial. Amarillo indumento de fibra plástica hermética, casco transparente, guantes, botas flexibles. Le hizo un gesto elocuente.
—Por favor, doctor .Mlyson —le pidió—. Utilice su propio indumento de máxima seguridad. Todos lo utilizamos. La zona está aislada totalmente.
La voz llegó por el sistema acústico del traje aislante. Afirmó, dirigiéndose a la cabina aséptica de esterilización.
—¿Tan grave es la cosa? —indagó, huraño.
—Mucho —afirmó el doctor Wilburn—. Además, es una materia desconocida del hombre. No podemos correr riesgos.
—¿Radiactiva?
—No, en absoluto. Emite una radiación especial, pero no la que nosotros entendemos como tal. Por eso no podía ser detectada por medios normales de radiactividad.
—Entiendo —entró en la cabina. Se sometió a la ducha de esterilización, una vez desvestido. Luego, se aplicó el traje plástico amarillo, con su nombre y número de control sobre el pecho, y la placa magnética de acceso a la Zona de Seguridad, adherida a su cinturón y casco.
Cuando reapareció, la comunicación entre ambos hombres se restableció por medio de los micrófonos internos y los

auriculares dispuestos en la escafandra:
—Leí el informe de urgencia en mi despacho —dijo Clark—. ¿Confirmado todo?
—Totalmente.
—No era una enfermedad...
—No, no era una enfermedad —suspiró Wilburn.
—¿Un... un ser racional, inteligente?
—Es posible, sí. Y mutante.
—Cielos... ¿Algo sobre su naturaleza exacta, su... aspecto físico?
—No, nada. Recuerde, doctor Allyson: es un mutante.
Desconocemos la forma que adopte. Y la que tomó al caer en la Tierra.
—Puede variarla a capricho...
—Sí. Estamos seguros. Hemos provocado cambios en la estructura molecular y atómica de esa sustancia, una vez identificada y aislada. Todos los admite.
—¿Todos?
—Todos —suspiró Wilburn; y añadió, para horror de Clark—: Incluso la forma de un tejido humano normal.
Clark Allyson se estremeció. La noticia abría unas posibilidades inmensas, virtualmente infinitas. Y terribles. Alucinantes.
Pronto comprobó todo eso personalmente. Cinco biólogos, bajo las órdenes del doctor Wilburn, trabajaban en los laboratorios. Tres hombres y dos mujeres. Un oriental y una muchacha de color oscuro, entre ellos. Todos eficientes, callados, activos. Le sonrieron desde el interior de sus escafandras plásticas de seguridad, y siguieron la tarea. En la pantalla de una computadora, aparecía una terrible información escrita por la propia máquina e impresa luminosamente en el fluorescente del visor:

> «Células altamente peligrosas. Provocan putrefacción al simple contacto. Succionantes cuando tienen hambre. Pueden disolver y desintegrar tejidos blandos y órganos vitales, absorbiéndolos a través de los propios poros.»

—Es aterrador... —jadeó Clark, señalando el informe, pálido su rostro dentro de la envoltura plástica.
—Sí —afirmó Wilburn—. Y tremendamente lógico.
Eso explica muchas cosas, ¿no, doctor?
—Demasiadas...
Se inclinó sobre los trabajos de laboratorio. Una computadora absorbía ahora una serie de herméticos tubos de ensayo con muestras del tejido baboso, sometidas a diversas pruebas biológicas.
Observó que en unos tubos, las muestras se movían o palpitaban, en otros crecían, en algunos permanecían inmóviles, aunque cambiando de color. Y en todos ellos ofrecían un aspecto terrorífico.
La computadora trabajó esas muestras. La biocibernética era el arma suprema del investigador, para llegar adonde no llegaba el laboratorio vulgar.
Esperó. El trabajo era arduo para las delicadas y complejas máquinas, auténticos supercerebros electrónicos. Los paneles de luces parpadeaban, incesantes. Se repetían y cambiaban las cifras, fórmulas químicas, su descomposición por elementos...
Finalmente, algo apareció en una pantalla. Clark Allyson sintió una sacudida espeluznante dentro de sí.
—¡Cielos, no! —mascculló, horrorizado.
El texto computado era claro, concreto:

> «Materia sumamente voraz. Puede alimentarse de sangre humana y vísceras absorbidas.
> »Su poder de mutación llega hasta poder dominar cualquier forma de vida ajena, adoptar su aspecto... y pensar y recordar lo que piense o recuerde la criatura elegida.
> »Al posesionarse de esa criatura, la destruye mentalmente. Y en toda su naturaleza real. La aniquila físicamente cuando abandona la forma que eligió para la mutación y adaptación.
> »Peligro máximo. Despiadado. Carece de conciencia.

Goza con el mal y la destrucción. Nivel mental elevadísimo. »

Seguía una serie compleja de cifras y fórmulas químicas. Ahora sabían de qué se componía exactamente. Wilburn lanzó una imprecación al terminar:
—Su estructura... —jadeó—, es, químicamente la de… UN MINERAL.
Clark afirmó, perplejo:
—En su forma original, debe parecer, simplemente... una piedra, un peñasco —dijo roncamente—. Por eso, nadie puede verlo o descubrirlo, si adopta su aspecto de origen.
—Pero puede convertirse en cualquier cosa o ser viviente —musitó Wilburn, alucinada su expresión—. Incluso en un animal..., o un ser humano, doctor Allyson. —Un ser humano... —los ojos de Clark se dilataron, angustiados—. ¡Cielos, no...!
Se precipitó sobre un interfono de línea exterior. Pulsó, rabioso, el botón rojo, una y otra vez, marcando las cifras de la Nueva Casa Blanca. Mientras lo hacía, jadeaba, convulso:
—Ahora entiendo, Wilburn... Es... , es horrendo, aterrador...
—¿Qué, doctor Allyson? —se inquietó su colaboradora.
—Primero fue Kenton, el paciente del hospital... Luego el doctor Bushman... Ahora..., ahora es el propio capitán Kramer... y el capitán... , el capitán está hablando con el presidente, ¿entiende, Wilburn?
—El presidente... —Wilburn pareció entender muy bien. Se desorbitaron sus ojos—. ¡Oh, no...!
En la pantalla visora asomó un rostro femenino, agraciado, con el distintivo presidencial en su uniforme. Le sonrió gratamente.
—Nueva Casa Blanca, señor —habló, con monotonía—. Departamento presidencial. Hable, por favor.
—¡Necesito hablar INMEDIATAMENTE con el presidente en persona! —jadeó Clark—. ¡Máxima urgencia!
—Lo siento, señor. No puedo comunicarle con el señor presidente... —siguió monocorde, sin emociones, la voz de la funcionaria.
—¡Es vital! —rugió Clark Allyson—. ¿Es que no entiende? ¡Es

cosa de vida o muerte! ¡Habla el doctor Clark Allyson, de Investigaciones Científicas! ¡Hay el máximo PELIGRO! ¿Entiende usted? ¡P E L I G R O...! Incluso para el presidente...

—No podría comunicarle con el despacho presidencial, aunque quisiera —sonrió la joven—. El propio presidente ha desconectado la línea de emergencia. No quiere que le moleste, bajo ningún pretexto. Son sus órdenes, señor.

—Pero..., ¡pero tiene que haber algo, hacerse algo! —sentía correr el sudor por su rostro, pese a la climatización interior de su indumentaria de seguridad. Le temblaban manos y piernas —. ¿Qué mil diablos está haciendo ahora el presidente, señorita?

—Está reunido con un caballero. El capitán Kramer, de la policía...

—¡Oh, no, no! —aulló el biólogo. Y ante la sorpresa de la empleada, colgó violentamente, cerrándose la imagen en la pantalla.

Se revolvió a Wilburn, corriendo hacia la salida de los laboratorios.

—¡Pronto, terminen con ese anticuerpo que han logrado! —masculló—. ¡Quiero disponer del mayor número posible de dosis contra esa «cosa», ser o materia viva que nos visita! ¡Y necesito también, con urgencia total, un medio de detectar la presencia de esa criatura, incluso en cualquiera de sus mutaciones, Wilburn! ¡Volveré en escasos momentos..., si es que aún es tiempo!

—Sí, doctor —afirmó gravemente Wilburn, siguiéndole con la mirada—. ¿Adónde se dirige usted ahora?

—¡A la Nueva Casa Blanca, por si todavía es tiempo de evitar el mayor de todos los desastres posibles, Wilburn!

Despreció su helicar, decidiéndose por un turbomóvil de vertiginosa acción. Se despojó a bordo del indumento de máxima seguridad, que introdujo luego en un recipiente de esterilización. Manipuló los mandos, dirigiéndose vertiginosamente a Centrópolis, a la nueva residencia presidencial de la modernísima y colosal capital de Estados Unidos de América y, a la vez, de todo el Continente

americano. Y, casi, casi, de todo el orbe, dadas sus enormes dimensiones y su superpoblación de más de cuarenta millones de habitantes...
Temía no llegar a tiempo. Si Kramer era el «mutante», y estaba reunido con el presidente lo peor podía suceder.
O haber sucedido ya.

## CAPÍTULO IX
## LO CUENTA «UKK» (IV)

Lo peor ha sucedido ya.
Para esta gentecilla ridícula del planeta Tierra, claro está.
Ya está hecho. Ha sido fácil. Increíblemente fácil.
Si todo es así, voy a divertirme mucho. Los voy a despedazar. Los vaya convertir en marionetas a mi servicio. Virtualmente, ya lo son.
Me preocupa algo ese tal Clark Allyson. Solo él. Parece listo. Y es tan inquieto, tan obstinado... Poco cerebro, claro. Como todos los que me rodean. Poco fuerte, poco capacitado para luchar con alguien como yo. Pero algo más vivo e intuitivo que los demás. Me preocupa un poco. Muy poco. En poco tiempo dejará de ser preocupación. Él, y todos los demás.
El capitán Kramer ha cumplido ya su función. Terminó de serme útil su envoltura humana, a cuya estructura me plegué, ocupando su lugar mental. Ese vacío cerebro ya no sirve para nada.
Tienen feo aspecto, una vez les abandono yo. Como Kenton, como Bushman, como Kramer. Todos se quedan así, putrefactos, retorcidos, secos... Me siento vigoroso y fuerte. Muy fuerte. Me nutro de ellos. Los vacío. Eso es lo que hago. Como ellos cuando tiran un traje usado, uno de sus ridículos y absurdos trajes. Es lo mismo, aproximadamente.
Ninguno de ellos era ya quien parecía ser. Ni Kenton, ni Bushman, ni Kramer... No eran nada, desde que yo me posesioné de ellos. Solamente mi cárcel humana. Mi envoltura aparente. Mi materia viva, moldeable, magnífica y poderosa,

superior a todo lo creado en este miserable mundo, ocupa su vacía cabeza, su cráneo. Pienso, recuerdo y actúo por ellos. Mis «muñecos» de carne pueden hablar, actuar, manifestarse como ellos eran. Creo que lo hago perfectamente. Nadie sospecha nunca... hasta que es demasiado tarde. Al absorber su cerebro lo hago de modo diferente a cuando los devoro. Absorbo también su memoria, sus pensamientos e ideas. Los hago míos. Actúo como un segundo cerebro idéntico..., pero infinitamente más poderoso, claro.

Bien, creo que ya está hecho. Kramer está ahí, hecho una fea, sucia piltrafa. Apesta. Ahora... tengo un cuerpo nuevo. Un cerebro nuevo ha sido absorbido por mí. Curioso. ¡Cuántas ideas, cuántos conocimientos de este planeta, a través de todo lo que capto en el cerebro aniquilado de este nuevo ser...!

Ahora..., ahora YO SOY EL PRESIDENTE DE ESTADOS UNIDOS...

¡El presidente! Es muy gracioso... No han sospechado de mí. Me han visto asomar, ordenar que no se me moleste bajo NINGUN pretexto. Nadie vio cosa rara alguna en mí. Mi voz, mi modo de hablar, de actuar... es el del presidente. No resulta difícil hacerlo como él lo hizo. Su memoria, su pensamiento, actúa por él, controlado por mis sustancias mentales, todopoderosas...

Un juego. Un delicioso juego. Me divierto mucho. Cada vez más. Y ahora va a ser tan divertido...

¿Qué es eso que hay encima de esa mesa? Dos, tres, cinco teléfonos... Dos de ellos son pintorescos. Uno es rojo. Teléfono Rojo. Línea directa con Moscú. El otro es verde. Teléfono Verde. Línea directa con Pekín. Los enemigos... Sí, ya entiendo. Eran enemigos antes. Se temían. Desconfiaban entre sí. Estúpidos humanos... Son pocos y débiles... y aún se quieren despedazar entre ellos...

No, ya no. Colaboran, cooperan juntos: salubridad, investigación espacial, planes agrícolas y científicos... Paz en la Tierra.

¡Bah! Eso es aburrido para mí. No tiene gracia que todo transcurra bien... Vaya, ¿y eso? En su despacho, en su propio

rincón de trabajo... El presidente..., bueno, ahora YO, el presidente Ukk... ¡Tiene gracia eso de «presidente Ukk»! Me gusta... Yo, el presidente Ukk..., tengo a mi disposición una serie de botones automáticos, electrónicos.
Son de distinto color. Uno, es rojo. Veamos su significado. No necesito leerlo. El presidente lo sabía. Yo lo sé ahora.
«ALARMA MUNDIAL. GUERRA NUCLEAR». Eso dice el botón rojo.
E inmediatamente, de forma automática, actúa toda la defensa civil del país, todas las redes electrónicas protectoras...
Pero es insuficiente. Lo sé. No sirven de mucho, cuando lleguen los proyectiles misiles rusos y chinos.
Basta oprimir el botón rojo. «Alarma Mundial. Guerra Nuclear». Divertido. ¡Qué gran espectáculo, asistir a la destrucción masiva de esas criaturas estúpidas, matándose entre sí como animales de la más baja especie...!
Inmediatamente, se disparan los misiles americanos.
Blanco elegido: Moscú, Pekín... y ellos replican. Disparan los suyos, al detectar que los proyectiles atómicos están fatalmente en camino, y nada ni nadie los puede detener. Blanco de ellos: Centrópolis...
Fascinante. Hermoso, magnífico. ¡Qué inmenso y divertido holocausto! Gozo tanto con ello, que me siento feliz, ebrio de placer...
No, ya no espero más. Yo, Ukk, soy ahora el presidente. Nadie me impide tocar ese botón...
Así. Es suficiente.
Ya lo presioné. Ya está todo en marcha.

* * *

Y el horror estalló.

## CAPÍTULO X

—¿Qué? ¿Qué significa...?

Los ojos alucinados de Clark Allyson se clavaron con horror en la luz roja. A bordo de la nave, restalló una sirena súbita, prolongada, insistente. Una luz escarlata parpadeante ante él, en los mandos.
El helicar redujo su marcha. En una pantalla visora de comunicación directa con cualquier punto del suelo, se hizo una luz roja, intensa. Y un rótulo cruzado, angustioso:
«ALARMA MUNDIAL»
Cayó su cabeza adelante. Se cubrió su epidermis de transpiración helada.
—¡Oh, no! ¡No! —estalló, llevándose una mano a los ojos—. No es posible...
Sabía lo que sucedía. Alarma mundial. El caos. Emergencía suprema. Significaba ataque del exterior. Y represalia norteamericana. O ataque propio. Y represalia inevitable de los demás.
La guerra atómica. El fin de toda vida en la Tierra. Sólo una persona en él mundo occidental pudo mover el mecanismo diabólico de la autodestrucción humana.
¡El presidente!
—Cielos... —jadeó—. ¿Quién me creerá ahora?
Frenético, trató de comunicar. Era en vano. No había comunicaciones. Sólo aquella luz oscilando, aquella sirena, repetida millones de veces, en todos los vehículos, viviendas, comunidades... y la pantalla inmóvil, en rojo, con el aviso universal aterrador:
«ALARMA MUNDIAL»
Inmediatamente, toda comunicación se suspendía. Solamente quedaban las líneas de emergencia, de control, de avisos, de informes urgentes militares...
No tenía posibilidad de comunicación a bordo. Debía abandonar la nave cuanto antes, buscar un medio de comunicarse con la Nueva Casa Blanca, con todo el mundo. Tratar de saber lo que había sucedido, aunque lo imaginaba. Y eso era lo peor de todo...
Recordó algo. Una frase de las computadoras en el laboratorio biocibernético:

«...PELIGRO MAXIMO. DESPIADADO. GOZA CON EL MAL Y LA DESTRUCCION...»

—¡Goza con el mal y la destrucción! —gimió entre dientes Clark —. Dios mío... La destrucción... ¡Y ya la puso en marcha, maldito monstruo...!

Planeó sobre una terraza de aparcamiento aéreo. Tomó tierra. Saltó del turbomóvil. Corrió hacia una de las bandas móviles para peatones. Subió a ella, se dejó deslizar hacia otro nivel urbano. Todo a su alrededor emitía el sonido ululante de la sirena. Gentes y vehículos huían despavoridos, en distintas direcciones. Las calles y plazas eran un caos confuso.

Tropas y policía militar acordonaban las zonas militarizadas de urgencia. Los altavoces públicos emitían instrucciones ya grabadas, automátícamente puestas en marcha. Instrucciones que nadie escuchaba, en el terror del momento.

Acaso allá dentro, en el despacho presidencial, sonaba un teléfono rojo y otro verde. En vano. Estérilmente. Ni Pekín ni Moscú tenían la culpa de nada. Se limitarían a la represalia programada. Las computadoras actuaban por sí solas. Era un gigantesco mecanismo de apocalipsis, puesto en marcha con un solo dedo. Simultáneamente, formaciones de proyectiles nucleares norteamericanos, volaban hacia China y la URSS.

La paz se había terminado. El mundo, también.

Ya no había medio humano de detener el desastre colectivo. Era un sistema automático puesto en funcionamiento. Sin posible vuelta atrás. Sin rectificación alguna.

En gigantescas pantallas informativas, aparecían los boletines de última hora, transmitidos sobre fondo fluorescente rojo, señal de emergencia total:

»Cien proyectiles nucleares, rumbo a China Continental y la Unión Soviética. Tardarán cuarenta minutos en llegar a su destino.»

«Guarden el orden. Utilicen refugios contra radiaciones y explosiones atómicas. Formen comités cívicos de defensa civil. Enfermeras y médicos, alerta general. Movilización total de toda

la vida civil.»
Un pestañeo de luz roja. Luego, en todas las grandes pantallas, la aterradora noticia del holocausto desencadenado:
«Proyectiles chinos detectados. Curso normal hacia el país. Proyectiles soviéticos detectados. Este es el minuto cuarenta y cinco de la cuenta atrás hasta el segundo y minuto «cero». En este instante, Centrópolis será alcanzado por los misiles nucleares. Hay cuarenta y cinco minutos para protegerse y proteger a los demás. Todo motín, rebeldía o acto de pillaje será castigado con ejecución inmediata y sin apelación.»
Clark, lívido, abandonó dos cabinas de comunicaciones, sin poder establecer contacto con la Nueva Casa Blanca. Se encontró ante un vehículo militar aparcado. No llevaba tripulantes. El pillaje estaba castigado con la ejecución sumaria e inmediata, pero eso no le importaba ya mucho. Si le sorprendían robando un vehículo militar, le matarían en el acto. ¿Qué importaba el momento de morir? En pocos minutos, todos serían cadáveres. Y los que no lo fuesen, tendrían un hermoso planeta agonizante, destrozado, lleno de radiaciones mortíferas...
Subió al vehículo. Puso en marcha sus turbinas. Despegó sin ser molestado. Nadie, en apariencia, advirtió su hurto. Partió como una centella, sobre la urbe toda, rumbo a Nueva Casa Blanca.
Mientras tanto, utilizó los sistemas de comunicación de a bordo, y le fue posible establecer contacto con el Cuartel General de Seguridad Militar.
—Dios sea loado —musitó, sudoroso, al ver aparecer en pantalla nada menos que al coronel Ward Lomax, de Seguridad Presidencial—. ¡Usted, coronel...!
—Clark Allyson... —el militar le miró a través del sistema de televisión mutua, frunciendo el ceño, allí en la pequeña pantalla de comunicaciones—. ¿Qué diablos hace usted en un vehículo militar, usando las líneas de contacto oficial?
—Tenía que comunicar con usted como fuese, coronel. O con alguien a quien advertir del peligro...
—¿Peligro? —rió entre dientes el coronel—. Llega usted tarde,

Allyson. Ya tenemos todo el peligro imaginable sobre nuestras cabezas, fatalmente. Ya no hay quien lo detenga, usted lo sabe.

—Lo sé. Vamos a saltar hechos pedazos. Pero aún hay más...

—¿Más que eso? —resopló amargamente el coronel Lomax—. No puede ser, Allyson. No me venga ahora con virus y epidemias. Dentro de poco, hasta los virus habrán desaparecido para siempre de la faz de la Tierra.

—No lo crea. Algo sobrevivirá al holocausto: el culpable de él precisamente...

—Bien, no hay tiempo de diálogos y de especulaciones, Allyson. Cierro el contacto. Hemos de distribuir órdenes, controlar la situación del mejor modo posible...

—¡Espere! —aulló, exasperado, Clark—. ¡Espere, aún, por el amor de Dios, coronel!

—Clark, los minutos pasan velozmente. Y disponemos de muy pocos ya. Corte la comunicación. No espero que nos volvamos a ver. Adiós, doctor.

—¡Aguarde! ¡Tiene que arrestar o MATAR al presidente! —rugió Allyson.

—¿Qué? —estalló Lomax, aturdido—. ¿Está en sus cabales, Clark Allyson? ¿Sabe lo que acaba de decir? En estas circunstancias... significa la pena de muerte.

—¡El presidente pulsó el botón, coronel!

—Bien, ¿qué importa quién lo hiciera? Sus razones tendría para ello, no le quepa duda... Fue su decisión personal e irrevocable.

—Coronel, por Dios, atiéndame.

—Le atendí ya demasiado. Sólo el presidente podía desencadenar, personalmente, todo este caos. Y lo hizo, Debemos callar y obedecer.

—¡Coronel, ese hombre que pulsó el botón ... NO ES EL PRESIDENTE!

—Oh, no, Allyson. No más fantasías. No me diga que también a él le afectó el extraño mal y le ha vuelto loco...

—Es peor que eso, coronel Lomax. Ni siquiera es el presidente. Como antes no eran ya Kenton, ni el doctor Bushman, ni el capitán Kramer... ¡El ser llegado del espacio es un Mutante,

puede adoptar cualquier forma que desee, introducirse en nosotros, los humanos, y fingir que es uno de nosotros! ¡Luego, al abandonar su envoltura, deja sin vida a los que utilizó! ¡De Kramer, ha debido pasarse al presidente, como antes se pasó de Kenton al doctor Bushman, y de éste a Kramer! ¿Lo entiende, coronel?
—Es el mayor disparate que jamás oí —masculló Lomax, furioso—. Cierro, Allyson. Hará bien en ir a un centro sanitario de urgencia. Ahora, TODOS somos necesarios.
—¡Coronel, no lo haga! —rugió Clark, tratando de mantener la comunicación—. ¡Vea al presidente, trate de descubrir su auténtica personalidad y verá que...!
No logró nada. Lomax había cerrado conexión. Estaba incomunicado con la Nueva Casa Blanca. Probó fortuna, exasperado, con su Centro de Investigación. Vio emerger en la pantalla al doctor Wilburn.
—¡Doctor, Dios sea loado! —habló—. ¿Sabe ya lo que ocurre?
—Claro —afirmó Wilburn gravemente—. Todos lo sabemos. La alarma suena incesante, la televisión emite boletines informativos y de instrucciones de emergencia. La Ley de Desastre Total ha sido promulgada ahora mismo... ¿Qué hace usted, doctor Allyson? Peligra su vida. Sólo cuarenta minutos más... y todo habrá terminado en Centrópolis.
—Lo sé. Pero tengo algo que hacer, Wilburn...
—Deje todo ya. No sirve de nada, ni tan siquiera hallar al enemigo. Esto es peor que nada, Allyson.
—Y lo provocó nuestro misterioso ente de otro espacio —jadeó Clark, furioso—. Se ha posesionado del presidente, es obvio. Su diversión trágica va a rebasar todo lo imaginable.
—De cualquier modo, no está en manos de nadie evitarlo ya. Nada frena un programa automatizado. Bastaba pulsar el botón, para ponerlo todo en funcionamiento. Se acabó, doctor Allyson. Trate de regresar. Aún es tiempo. Aquí hay protección nuclear. Puede resistir el embate inicial. Incluso podemos sobrevivir. Hay alimentos, agua y toda clase de necesidades cubiertas durante unos años sin salir. La radiactividad habrá cedido para entonces. Los generadores de oxígeno funcionan

ya a toda presión. Tendremos aire respirable en todo momento. Por favor, regrese. Le esperamos.
—Tengo que regresar, pero a ser posible con alguien más.
—Sólo falta la doctora Lana...
—A ella me refiero. No sé si su prometido querrá sacrificarse, pero ella debe ser salvada. Y, a ser posible, destruir a ese falso presidente que tenemos ahora.
—No lo logrará, Allyson. Tenemos anticuerpos. Es cuanto logramos. Parece que estamos detectando su radiación especial. Podríamos hacer una sustancia detectora en poco tiempo, pero ¿de qué serviría ya?
—Hágala, de todos modos. Con urgencia. Podemos distribuir alguna a otros refugios. Procuraré regresar en menos de diez minutos. Ya sobrevuelo la Nueva Casa Blanca, doctor Wilbur.
—Suerte, doctor. Y vuelva pronto. Aún es tiempo... Clark asintió con amarga sonrisa. Cerró la conexión.
Descendió sobre la Nueva Casa Blanca, rodeada militarmente. Se identificó desde el aire, amenazado por armas defensivas del recinto presidencial. Explicó los motivos de su llegada. No dispararon. Descendió, tras ser autorizado a ello.
Cuando salió del turbomóvil militar, un grupo de soldados con atavío especial antirradiación, le rodeó, apuntándole con sus armas.
—Dése preso, doctor Allyson —dijo un oficial—. Orden del coronel Lomax.
—Bien. ¿De qué me acusan?
—El se lo dirá. Síganos. No intente resistir. La pena de muerte inmediata se ha hecho ya efectiva. Todo el que pretende escapar, no colaborar o aprovecharse de la situación, es pasado por las armas sin juicio previo.
—Entiendo —suspiró Clark—. Vamos allá. Pero estamos perdiendo un tiempo precioso, oficial…
—¿Tiempo? —rió despectivo el militar—. No sirve ya de nada. Se nos termina para siempre, doctor. Vamos ya.
Partieron hacia el edificio central de la Nueva Casa Blanca. En torno, todo aquello era un hervidero de tropas, policía, controles, redes antiáreas, aviones a propulsión electrónica,

sobrevolando la zona presidencial.
Cuando hubo llegado a presencia de Lomax, descubrió a éste dando órdenes rápidas, excitadas, en la antecámara presidencial. Los soldados se retiraron a un gesto del coronel. Este dejó de dar órdenes, cerró los micrófonos y miró fijamente a Clark. Se enjugó el sudor, sin decir nada.
—¿Y bien, coronel? —sonrió Clark—. ¿Va a hacerme ejecutar ahora por robo de un turbomóvil militar y por molestarle en momentos decisivos?
—Podría hacerlo, doctor. Pero no lo haré.
—Es muy generoso de su parte. ¿Debo darle las gracias?
—No me las dé —susurró el coronel, sombrío. Le miró fijamente—. Venga conmigo.
Se encaminó a la puerta presidencial. Un cartelito indicaba: «No molesten bajo pretexto alguno».
Pese a ello, empujó la puerta. Clark Allyson se echó atrás instintivamente, dando dos pasos de retroceso.
—No, no —rechazó—. No entraré ahi, coronel.
—Vamos, no tenga temor. Entre conmigo —invitó el coronel Lomax, cortés, seco.
—No. El presidente... Usted no lo creo, pero él... es ahora nuestro peor enemigo.
—El presidente no es nada ya, Clark —resopló el militar, furioso —. Entre y lo verá. Asome. Puede verlo desde aquí...
Allyson inclinó la cabeza. Miró dentro, a la cámara presidencial. Lanzó una imprecación. Rápido, penetró con el coronel en las estancias presidenciales.
—Muerto... —susurró Clark—. Igual que todos...
—Sí. Vea. Es lo que queda del presidente de la más poderosa nación del mundo. Del hombre que pulsó el botón de la aniquilación total...
Clark Allyson clavó sus ojos en el cadáver descompuesto, nauseabundo, encogido sobre el sillón presidencial. Sí. Eso es todo lo que quedaba de él...

* * *

—Muerto... —se volvió al coronel, muy pálido—. Como todos...
—Eso es. Como todos. Parece que usted tuvo razón. Se posesionó de él. Y lo dejó luego, una vez iniciado el caos.
—Un momento —Clark irguió la cabeza, preocupado.
Miró al coronel con inquietud—. Para abandonar ese cuerpo... habrá adoptado otra forma... otra personalidad...
—Usted debe saberlo mejor que yo —se encogió de hombros el militar—. No sé lo que está sucediendo. Para evitar mayor pánico estoy ocultando al mundo lo sucedido. He avisado al vicepresidente. Está en las Naciones Unidas, con el secretario general. Llegará de un momento a otro, a hacerse cargo del poder, conforme a la Constitución.
—Eso no me preocupa gran cosa, coronel Lomax. Ya poco importa quién mande aquí. Faltan sólo treinta y dos minutos para el final...
—Clark. ¿puede contarme lo que ocurre realmente? Allyson lo hizo en el menor número posible de palabras. Utilizó medio minuto escaso para ello. Se expresó casi telegráficamente. Pero Lomax pareció entender. Su gesto se turbó.
—Dios mío... —dijo entre dientes—. Es horrendo...
—Horrendo, sí. Es la palabra, coronel. Ahora. cuénteme. ¿Qué sucedió exactamente aquí?
—Se lo diré. Es poco lo que sé... —se irguió. mirándole alucinado—. Doctor, según su teoría... ahora, ese «extraño» o «mutante», puede ser... cualquiera.
—Exacto.
—Incluso... USTED.
—Incluso yo —asintió Clark, apretando los labios. Le miró heladamente—. O usted, coronel. En todos los casos, al abandonar un cuerpo, toma el más cercano al que desprecia... Usted estaba cerca de él cuando sucedió, ¿no es cierto?
—No estaba ante él, si a eso se refiere —rechazó Lomax, alarmado.
—¿Quién puede probar eso, coronel?
—No, nadie. Beverly Lane, su colega, estaba abajo..., el mayor Tracy estaba aquí..., justamente con el presidente. No, no puedo probar que no estuviese junto al presidente en el

momento de suceder... Eso ocurrió sin duda después de conceder la audiencia al mayor Tracy y condecorarle...
—¿Por qué después?
—Bien, porque Tracy abandonó sonriente el despacho, con su condecoración, y me dijo que el presidente parecía de muy buen humor, pese a la súbita situación de alarma general. Y que conservaba en todo momento la serenidad.
—¿Y luego?
—Luego, entré yo a informarle de lo que sucedía.
Pero también, debo confesarlo, impresionado por lo que usted me refirió por visófono... Y le encontré así...
Clark Allyson arrugó el ceño. Hizo una agria, seca pregunta repentina:
—¿Dónde está ahora el mayor Tracy?
—No sé... Se anuló todo permiso o descanso, naturalmente. No podía salir en viaje de bodas con la doctora Lane. Sin duda, fue a verla, a conducirla a algún refugio atómico, antes..., antes del desastre.
—Es preciso localizar a Tracy, coronel.
—¿Por qué? ¿Qué está imaginando ahora?
—No imagino nada. Usted tal vez no sea el «extraño».
Pero juraría que Tracy SI lo es. ¡Y si eso es cierto, también Beverly Lane peligra en estos momentos!
Lanzó una imprecación el coronel. Conectó el visófono.
Pidió datos sobre el paradero del mayor Tracy. Luego, mientras aguardaba, impaciente, miró a Clark Allyson con viva sorpresa e inquietud.
—No puedo creerlo... —musitó—. ¿Por qué Tracy, doctor?
—Muy sencillo. Le mintió. Debía de estar presente al morir el presidente..., porque el Mutante se POSESIONÓ de Tracy, al abandonar al ya inútil presidente.
—No es posible... ¡Tracy parecía el de siempre, no había nada anormal en él!
—No, ni tampoco lo hubo en Bushman, en Kramer...
Pronto, coronel, es preciso dar con su paradero, localizarle, tratar de aislarlo de algún modo...
En ese momento, el visófono respondió a la pregunta del

coronel. Un oficial de la Seguridad Militar, informó con sequedad:
—Ausente, señor. El coronel Tracy se ausentó; de viaje.
—¡Viaje! ¡Están anulados TODOS los viajes, usted lo sabe!
—Claro que lo sé, coronel. Pero este caso era distinto. El mayor Tracy llevaba una orden personal del pre'sidente, firmada por él, con autorización especial para su desplazamiento. Y el de su prometida, claro.
—¿Cómo ha dicho? —aulló Clark, lazándose hacia el visófono.
—Calma, Allyson —habló, muy pálido, el coronel—. Siga, por favor. ¿Por qué su novia también?
—El documento presidencial así lo consignaba. Estaban autorizados ambos para la boda y el viaje a Florida, Allí, la radiactividad tardará más en llegar. Acaso un día o dos después de la explosión nuclear en Centrópolis. Tienen tiempo de ser felices, ¿no? Aunque sea tan breve su luna de miel.
—¡Pronto, den caza INMEDIATA al mayor Tracy y a su prometida! —rugió el coronel, descompuesto—. ¡No hagan caso de autorización presidencial alguna! ¡No acepten excusa alguna! ¡Es una orden! Si se resiste, ¡tiren a matar!
—Pero, señor...
—¡Ni una palabra más! —cortó la comunicación, furioso. Clavó los ojos en Allyson, que estaba muy pálido. Sacudió la cabeza —. Lo siento, doctor. No pude sospechar que...
—Olvídelo, coronel —Clark se lanzó rápido hacia la salida.
—¡Eh! —voceó el militar—. ¿Adónde va ahora? ¡Sólo hay media hora para ponerse a salvo de una vez! —Antes tengo que encontrar a Beverly Lane. Y, a ser posible, a Tracy... o lo que él sea en estos momentos, sin que Beverly lo sospeche siquiera...
Desapareció, sin añadir más. El coronel, excitado, se inclinó sobre los controles de comunicación, para seguir emitiendo órdenes a las fuerzas armadas.

## CAPÍTULO XI
## LO CUENTA «UKK» (V)

Ya queda poco tiempo. Muy poco. No para mí, claro.
A mí no me afectan cosas así, como explosiones nucleares y todo eso... Es para ellos el holocausto. Para este mundo débil y presuntuoso...
Ella no sospecha nada. Conduce este vehículo tan alegremente, pensando que, pese a todo, hay esperanzas para el mundo, para ella... Y una boda inmediata con su amante novio, y hasta un día o dos de luna de miel, antes de que la radiactividad se apodere del mundo entero. Luego, un refugio atómico, la espera de un tiempo...
Beverly Lane es su nombre. Doctora en Medicina y enseñanza médica. Amiga de ese tal Clark Allyson, que ya no es peligroso para mí. Dentro de poco, nadie será realmente peligroso para Ukk. Unos habrán muerto, los más. La superficie de este mundo será un inmenso cementerio, un gran matadero... ¡Pobres imbéciles...!
Otros, los menos, condenados a vivir bajo tierra, en refugios a toda prueba, aislados del exterior, esperando durante años... No, nadie se opondrá a mi voluntad, nadie va a tratar de combatirme, porque ni siquiera podrán hacerlo. Ese Clark Allyson, será un muerto más. O un refugiado sin fuerza alguna, sin medios para salir al exterior...
Bien, todo está así a mi gusto. A mi entero gusto. No va a suceder nada que no tenga yo previsto. Ahora pienso que ya no necesito mi envoltura del mayor Tracy... Esa chica... Ella me servirá. Después de todo, somos unisexo. No existen diferencias en mi especie entre macho y hembra. Procreamos espontáneamente. Nuestros óvulos producen otros seres como yo. Pero aún no tengo deseos de dispersar óvulos míos por ahí. Más tarde. Cuando todo haya concluido... El día que salgan a la superficie los refugiados, este mundo será de mis semejantes. Nadie sobrevivirá. ¡Qué gran juego, qué inmensa diversión la mía con estos pobres seres indefensos...!
Bien. Me acercaré a la chica. Abandonaré a su novio, el mayor Tracy... Será divertido verla sufrir, verla horrorizada, cuando yo abandone el cuerpo de su prometido... Gozaré con ello, desde

luego... Después..., después penetraré en ella, la haré mi envoltura física. Sí, es muy amiga de Clark Allyson... Incluso..., incluso parece ser algo especial por él. Lo leo en su mente... Conoceré a fondo todos esos secretos cuando esté poseída por mí...
Es posible que utilice esa envoltura para volver, para engañar a Allyson... ¡Será maravilloso poder introducirme en el ser físico de Allyson! Mi peor enemigo..., indefenso torpe ante mí. Luego, él seré yo mismo. ¡Oh, qué deleite, qué goce supremo, pensar todas esas cosas, poderlas hacer, burlarme de ellos, destrozarlos uno por uno o en masa...!
Me acerco a ella. A esa chica, Beverly Lane. Ella quiso conducir la nave hasta Florida. Ella no sospecha. No puede imaginar...
Ahora lo sabrá. Me divertiré con su asombro, con su terror.
Luego... dejaré de ser el mayor Tracy. Y pasaré a ser... la doctora Beverly Lane. Ya no abandonaré esa personalidad, hasta convertirme en... ¡Clark Allyson, el biólogo!
Yo, Ukk, soy el más fuerte. El más poderoso de todos.
Ukk, el grande. El amo de este planeta. Y de muchos planetas...
Yo, Ukk, me aproximo a la muchacha. Beverly Lane ni se mueve. No vuelve la cabeza. No, eso no me gusta. Deberá volverse, mirarme, verme...
—Beverly —digo suave, dulcemente, con la voz amorosa de Stephen Tracy.
—¿Si? —murmura ella, sin volverse todavía.
—Beverly, querida. Deja los mandos. Sitúa el piloto automático. Quiero decirte algo importante.
—¿Qué, querido? —indaga ella, obedeciendo.
Se vuelve hacia mí. Me contempla, expectante. Sonríe, pese a lo trágico de las circunstancias por las que pasa ella, como miembro integrante de la sociedad humana y de su mundo hacia el desastre.
—Beverly, vas a saber algo —digo, pausado, sonriente, gozando de antemano con el placer incomparable de lo que va a sentir ella ante mi—. Algo que es preciso que conozcas en estos momentos...

—Bien, Stephen. Te escucho...
Voy a actuar. Voy a abandonar mi envoltura física, y voy a mostrarme ante ella tal como soy. Luego… luego, Beverly Lane seré yo.
—Mírame bien, Beverly —insisto, sonriendo con mayor amplitud—. Mírame...

## CAPÍTULO XII

Beverly le miró.
Iba a comenzar la trasmutación, y ella no lo sabía. Un segundo más tarde, el horror congelaría su expresión de pánico, de incredulidad, de asombro sin límites.
Después, el «mutante» se apoderaría de ella. Definitivamente. Para abandonarla sólo cuando ella estuviera muerta y despidiera un horrible hedor a putrefacción.
En ese preciso instante, cambió la decoración. Beverly, sorprendida, miró atrás, a espaldas de su compañero de viaje, el que ella creía su enamorado Stephen Tracy. —¡Mira! —exclamó—. ¡Es Clark!
Tracy lanzó un gruñido sordo. Se volvió, irritado. Descubrió la pequeña nave que, vertiginosamente, se situaba junto a la de ellos. A través de su carrocería de plástico transparente, como una burbuja, se descubría a Clark Allyson en los mandos. Sus ojos helados se fijaron en la nave de la pareja. Había algo en la mirada de Allyson que reveló a Tracy lo que sucedía en su mente.
—¡Lo sabe! —masculló—. ¡El lo sabe...!
—¿Qué es lo que sabe? —dudó ella, preguntando—.
No esperaba que viniera tras de nosotros. Es arriesgado. Debe ocultarse en un refugio nuclear lo antes posible...
Tracy contempló con ira al que llegaba. La nave liviana de Clark se adosaba a la de ellos, adhiriéndose por medio de un sistema de ventosas magnéticas. Ahora ya podía pasar de nave a nave. Y era lo que iba a hacer. Sin retirar su mirada de Tracy...
—Lo siento por ti, Clark Allyson —masculló Tracy—. Vas a

presenciar por ti mismo lo que tanto temes. Has venido a rescatar a tu amiguita Beverly Lane de todo peligro. ¿no es cierto? Pues bien... ¡Has firmado de todos modos su sentencia de muerte..., y también la tuya!
—Stephen, ¿qué estás hablando? No entiendo nada... —murmuró Beverly sorprendida.
Clark Allyson había cruzado el umbral de la nave viajera. Tracy fue hacia él. Ambos hombres se miraban como enemigos mortales. Beverly no lograba entender. Intentó avanzar interponerse entre ellos.
—¡No, no lo hagas! —gritó Clark—. ¡No te muevas de ahí, Beverly! ¡Toma esto tan sólo!
Y rápido, Clark le lanzó algo a las manos. Ella lo contempló, sorprendida. Era una especie de cápsula de vidrio. con un liquido espeso dentro, que emitía burbujas.
—Clark, Stephen... ¿qué pretendéis? No iréis a pelearas ahora. Sería ridículo... —comenzó ella.
—¡Ingiere eso EN SEGUIDA. Y no hagas preguntas ni te muevas, Beverly! —aulló Clark—. ¿Me oyes? ¡Tómate eso ahora mismo!
Tracy emitió un rugido, se revolvió, furioso. Encaróse con Beverly, que le miró asustada, sin entender lo que sucedía. Ahora, Tracy se dirigió rápido hacia ella. Clark la apremió:
—¡Pronto, Beverly! ¡TRAGA la cápsula! ¡Es tu propia vida...!
Ella no esperó más. Tracy adelantó su brazo, su mano estuvo a punto de golpear la suya y arrancarle la cápsula. La tragó Beverly. Sintió crujir el vidrio o plástico en sus dientes. El líquido fue absorbido. Sintió un fresco raro, una embriagadora sensación en todo su ser.
Tracy retrocedió, lívido.
—¡Anticuerposl —jadeó.
—Sí. Anticuerpos —afirmó Clark, con voz helada—.
¿Sorprendido..., Mutante?
Se miraron ambos. Beverly no entendía aún.
—También tú ... ¡También tú posees anticuerpos...! —masculló Tracy.
—Exacto. Has perdido, ¿eh, Mutante? No puedes atacarnos.

No puedes abandonar tu actual envoltura...
—¡Veremos! —aulló Tracy—. ¡Un vulgar humanoide no puede derrotar a Ukk!
Y se lanzó, inesperadamente, por la abertura de la nave, al vacío. Cayó, dando volteretas en el aire. Beverly, horrorizada, chilló, ocultando su rostro. Corrió a ella Clark, la rodeó con su brazo.
—Serenidad, Beverly. No es Tracy quien cae de la nave ahora... Dejó de serlo hace unos minutos... Cuando el «extraño» se posesionó de él, como antes lo hiciera de Kenton, del doctor Bushman, de Kramer… e, incluso, del presidente de Estados Unidos...
—Clark... —le miró, angustiada—. ¿Quieres decir..., quieres decir que... Tracy... no es ya Tracy? —inquirió ella, aterrada.
—Eso quise decirte, sí. El «extraño», la cosa llegada de otros espacios, tiene esas facultades...
—¡No puedo creerlo! —corrió a los ventanales de la nave, miró abajo—. ¡Stephen, Stephen, va a estrellarse...!
Clark miró, junto a ellas. Ambos, horrorizados, pudieron ver una misma cosa. El «mutante», en su vertiginosa caída hacia tierra, se había cruzado con un ave. Súbitamente, el cuerpo de Tracy pareció reventar en el aire, como un globo deshinchado. Brotó de su piel una especie de vapor oscuro, que se condensó, formando una especie de masa flotante. Penetró en el ave, que emitió un chirrido agudo. El cuerpo de Tracy, convertido ahora en un retorcido bulto apestoso, siguió su descenso hacia el suelo.
El ave, majestuosamente, remontó el vuelo. Ya no era ni siquiera un ave, sino un ser extraño, con la forma y mentalidad de una simple criatura voladora.
La mutación, realizada ante los ojos de Beverly, tuvo la virtud de llenar de horror a ésta. Se aferró a Clark, rompiendo en un sollozo.
—Cielos, tenías razón... —gimió—. ¿Y ahora, Clark...?
—Siento que Stephen terminase así. No es la primera víctima, ni será la última, desgraciadamente. Vamos, hay que volver urgentemente. Disponemos sólo de veinte minutos escasos

para llegar al refugio nuclear de Investigación...
—Clark, ¿tú... tú lo sabías?
—Acabamos de averiguarlo. Hay pocas dosis de anticuerpos en el laboratorio. Sólo obtuvieron dos muestras iniciales. Tú ingeriste una. Yo, la otra. Ahora somos inmunes ambos al poder de ese ser, que dijo llamarse Ukk... No puede poseernos, aunque lo desee. Somos materia que le repele, a partir de este momento, y por un período razonable. Están elaborando más anticuerpos. Las tropas los distribuirán en refugios nucleares...
—Clark, ¿no existe esperanza...?
—No, ninguna. No existe fuerza humana capaz de detener el holocausto ya. Ni en Centrópolis, ni en Moscú; ni en Pekín... Sólo hay una esperanza, una posibilidad para nosotros, Beverly: salvamos en los refugios, esperar a que la contaminación de muerte barra la Tierra y se aleje definitivamente...
—¿Crees que sobreviviremos?
—¿Por qué no? Hay que tener fe, Beverly.
—Fe... La tenía en Stephen. Y ya ves mi destino... —Stephen ya no existía. Solamente una caricatura lamentable de él. Su envoltura, ocupada por una fuerza malévola y siniestra, caída del cielo...
—¿Sobrevivirá ese «extraño» a la hecatombe nuclear? —se preguntó la doctora.
—Mucho me temo que sí.
—Cielos. Entonces..., ¿qué ocurrirá después?
—No lo sé. Ni me preocupa demasiado. En estos momentos, sólo pienso en lo que va a ocurrir... ahora.
Rodeó con mayor fuerza a Beverly. Ella se dejó cubrir por aquellos brazos viriles, de un amigo de siempre, que no le fallaba en el momento supremo del enfrentamiento a su trágico destino.
Así, unidos en un abrazo, se movieron hacia los controles de a bordo. Clark dio rumbo a la nave. Y la máxima velocidad posible. Sus turbinas de formidable poder, lanzaron como una catapulta a la pequeña nave, por el cielo norteamericano, de regreso a Centrópolis.

Allá atrás, en el azul de un cielo que pronto sería bóveda de un cementerio sin fin, volaba un ave que sólo poseía de tal su envoltura. Era el nuevo cuerpo elegido por Ukk.
La nueva apariencia del visitante extraterrestre. Un camino, después de todo, para sobrevivir y seguir adelante en su demoníaco complot contra la especie humana y contra todo un planeta.

* * *

Faltaban seis minutos para la Hora Cero, cuando alcanzaron el Centro de Investigación.
Clark Allyson y Beverly Lane fueron los últimos en penetrar en el recinto. Se despidieron de una última nave militar, que partía con anticuerpos y detectores de emergencia para acusar las radiaciones del mutante. Se perdieron en las nubes, vertiginosamente. Sólo tres minutos les bastaría para arribar a Centrópolis y dispondrían solamente de otros tres para ponerse a salvo... si había plazas aún en los refugios atómicos de la inmensa urbe o de sus cercanías.
Pero los soldados trabajaban estoicamente, sin pensar en sí mismos siquiera. Sólo en el bien común, en la sociedad a defender contra el horror atómico... y también contra el horror llegado de otros espacios.
Se cerraron las puertas herméticas del refugio nuclear, tras haber entrado Clark y Beverly. Luego, las compuertas de acceso a la salida. Finalmente, los dos muros metálicos de vaciado especial, a prueba de radiaciones y desintegración, para terminar deslizándose el gran bloque granítico, de hormigón especial, con materia plástica antinuclear, para servir de ajuste final el gran cepo subterráneo, que era el refugio contra las bombas atómicas.
—Ha terminado todo —suspiró el doctor Wilburn—. Que Dios nos ayude.
Y miró a la pared. En ella, un reloj especialmente adaptado a la roja luz parpadeante del alerta mundial, marcaba los minutos en la cuenta atrás final: dos minutos y diez segundos para la Hora

Cero.
Conectaron un interfono. La voz monocorde, desde el control de comunicaciones de Centrópolis, fue avisando, pausada, intermitente, implacable:
—Dos minutos nuevos segundos... ocho... siete... seis... cinco... cuatro...
Se miraron todos los presentes en un tenso silencio.
Wilburn advirtió:
—Lo peor vendrá ahora. Temo la sacudida inicial...
—Sí, es un mal momento —admitió Clark, tenso, rodeando con su brazo a Beverly—. Veremos si soportar el refugio, si la tierra no cede...
—Si pasamos eso, habremos pasado todo —musitó Beverly muy pegada a Clark. Instintivamente, le abrazó—. Oh Clark, he estado ciega todo este tiempo...
Un minuto cincuenta y dos segundos... cincuenta y uno..., cincuenta..., cuarenta y nueve... —proseguía, inexorable, el martilleo de la voz en su cuenta atrás.
—¿Ciega? —Clark la miró pensativo—. ¿Qué quieres decir, querida?
—Pensé que Stephen y yo... —sacudió la cabeza—. No, Clark. Ahora veo claro...
—¿Qué ves claro?
—Tú, y yo. Amigos, camaradas. Y algo más..., ¿sabes, Clark? Cuando iba a casarme, cuando pensaba que iba en compañía de Stephen y no de..., de «eso» que tenemos entre nosotros..., me dije que no me sentía feliz. Que te echaría mucho de menos. Entonces descubrí…
—¿Qué descubriste? —sonrió Clark.
—Que te amaba...
—Criatura... —suspiró Clark, oprimiéndola contra sí—. Yo supe, cuando me enteré de que ibas con ese «mutante»... , que sería capaz de todo por ti. Y entendí entonces también...
—¡Clark...!
—Beverly, mi vida...
Se besaron. La cuenta proseguía:
—Un minuto doce segundos..., once..., diez..., nueve Cuando

separaron sus labios, miraron el reloj. Solamente quedaban ya cuarenta y cinco segundos para la destrucción total.
Solamente cuarenta y cinco segundos...

* * *

Luego, fueron sólo diez segundos.
Y nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos..., uno...
Y CERO.
Cero... La cuenta acabó.
Tembló todo. Vibró el suelo. Se estremeció el refugio metálico...
Clark Allyson y los demás supieron que había sucedido.
—El fin del mundo —susurró Clark—. Sucedió, después de todo...

## CAPÍTULO XIII
## LO CUENTA «UKK» (VI)

Hermoso... ¡Es hermoso como jamás lo fue cosa alguna!
Centrópolis... ¡La orgullosa, altiva, enorme ciudad de los humanos...! Me he vengado. Me he vengado de mi pequeño fracaso con esa mujer, Beverly Lane. Y con el maldito y odiado doctor Allyson...
Sí. Me he vengado de todos. ¡Qué hermosa venganza! ¡Ah, qué gran placer...!
Estoy sobrevolando Centrópolis, dentro de mi cuerpo de ave. No siento radiaciones de ningún género. Nada de nada... No me afecta la energía nuclear. Lo sabía.
Cadáveres... Miles, millones de cadáveres... Muñones horribles. Metal, plásticos, vidrio... Todo eso es la gran urbe. No queda nada. NADA. Creo que han sido diez o veinte superbombas atómicas...
Deben ser millones los muertos. Sólo aquí.
Y Moscú, y Pekín, y Londres, y tantas otras ciudades hermosas de este cochino planeta despreciable... ¡Todo aniquilado POR MI! ¡Los he destrozado, he probado que yo, Ukk, soy el más

fuerte, el más grande! Que esto es un simple juego de niños. Una diversión sin precedentes...
Me siento feliz. Muy feliz. Mi goce es perfecto. Creo que iré a recorrerlo todo. Sí. Iré a Moscú, a Pekín, a todos los sitios destruidos... Luego, es posible que me pueda meter en refugios atómicos, posesionarme de seres humanos, asustarles, matarles luego y divertirme con ellos, con su terror, con su modo de convertirse en basura humana... ¡Qué gran juego, qué hermoso juego el mío...!
El placer de destruir, de ver todo aniquilado, todo acabado... La magnífica hecatombe atómica. Gobiernos destrozados, gentes aplastadas, ciudades y países hechos pedazos... ¡La gran obra de Ukk! ¡Ukk, el Grande! ¡El Coloso del Universo! Yo...
Si, es hermoso. Todo esto es hermoso. Disfruto mucho y yo..., yo...
Eh, ¿qué es ESO? ¿Qué está sucediendo ahora? ¿Y... y esa luz? ¿De dónde viene?
No...
Es una luz de mil colores. Con un núcleo central blanco, deslumbrador... ¡No, no! Eso no... ¡No PUEDE ser cierto que ellos..., los míos...!
Oh, no. No pueden encontrarme. Me fui de mi casa, de mi mundo... ¡No podrían jamás dar conmigo aquí!
Pero si... Son ellos. Debo huir. ¡Huir de nuevo, a cualquier parte...!

## CAPÍTULO XIV

—No. Ukk. No puedes huir.
La voz retumbó en las alturas. No eran sonidos inteligibles para nadie. Sólo para Ukk podía ser aquello comtiles, con palabras, expresiones, significado...
—¡Sí, quiero huir! ¡Quiero divertirme...! ¡Divertirme mucho, jugar...! —lloriqueó la mente poderosa de Ukk.
—Estúpida criatura insensible, cruel y perversa... —Sonó aquella vibración en su cerebro. En todo él, que todo era

cerebro, con apariencia de roca viva, con aspecto de lava hirviente cuando se iba a convertir en atacante de algo o de alguien. Escapaste de tu mundo para hacer daño. Nunca te hubiéramos hallado, de no mediar este holocausto terrible, esta matanza sin freno. La explosión nuclear nos atrajo a este planeta. Tenías que ser tú, Ukk...

—No, no quiero volver...

—Volverás. Eres un ser enfermo. Un niño monstruosamente mal criado, un engendro de nuestra, perfecta y superior sociedad. Has venido a dañar a los demás. No podemos reparar el mal que causaste, pero sí llevarte con nosotros, castigar tu culpa terrible... Tu conoces el castigo...

—¡No, no! —sollozó la mente viviente de Ukk, encogiéndose ante el poderío grandioso de aquella luz que envolvía a la nave de sus gentes, de sus semejantes del remoto confín galáctico de donde llegara—. No quiero ser destruido...

—Destruye y serás destruido. Pero a nuestro modo.

Bien lo sabes. No gozarás más. Tu lenta agonía de siglos estará llena de dolor y sufrimiento por todo el mal causado. Antes de irnos, haremos lo único posible por este desgraciado pueblo que tú aniquilaste casi totalmente... Limpiar lo más posible de radiaciones nocivas la atmósfera... y esperar que ellos nos perdonen alguna vez..., aunque no sepan lo que sucedió. Aunque crean que tú, Ukk, eres el símbolo y prototipo de una raza cruel..., cuando en realidad sólo eres un niño, una criatura de nuestra especie, malcriado y perverso..., que quiso jugar alegremente con los mundos y sus habitantes... ¡Vamos, Ukk, de vuelta a tu mundo, a tu castigo casi eterno!

—No, no... —jadeó la mente de Ukk.

Pero sabía que era inútil. Fue succionado, arrancado de su último cuerpo vivo. El ave, putrefacta, cayó sobre los montones de cadáveres del caos atómico...

Arriba, la luz se alejó. Se extinguió, de regreso a las estrellas remotas.

Y con ellas, para siempre, se fue Ukk...

# FINAL

—¿Qué sucedió, realmente, Clark?
—Nunca lo sabremos, Beverly... —miró al cielo, la rodeó con su brazo—. Acaso Ukk acabó fulminado por el mal que desencadenó... O se cansó de esperar y volvió a su punto de origen. O algo superior a todos nosotros le castigó. Nunca habrá respuesta para eso, querida...
Miraron en torno suyo. A las calles silentes, a los campos yertos. Poco a poco, gente medrosa, oculta durante dos largos años en el refugio nuclear, iba poblándolo todo.
Volvían a la superficie. A iniciar una nueva vida. A rehacer lo destruido. A empezar de nuevo.
Volvían, y el aire era puro, limpio, respirable. Sin contaminación radiactiva. Sin peligro alguno para ellos... —Lo que cuenta es que vivimos. Que procuraremos hacer olvidar esto a nuestros hijos. Y que les enseñaremos sólo a amar, a vivir en paz...
—Si, Beverly. Sólo eso. Te lo prometo... y que Dios nos perdone a todos. Incluso a Ukk, si ello es posible. Quizá no sabía sino hacer mal. Sabemos tan poco de la vida, más allá de nuestros mundos conocidos...
—No quiero saber más, Clark —se estremeció ella—. Sólo quiero pensar en ti, en nuestro mundo, en nuestro futuro...
—Será suficiente, cariño. Será suficiente para nosotros...
Y se abrazaron con más fuerza. Con más patetismo que nunca. Fiando en sus fuerzas. Y en su destino sobre un mundo que se resistía a morir del todo...

[1] SF = Siglas adoptadas generalmente como representativas de ciencia-ficción (*science-fiction*).